



instantes

ETERNOS

Coordinado por Nashyeli Figueroa Galván



Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca
1955
CIENCIA • ARTE • LIBERTAD



U.A.B.J.O.



Instantes Eternos

Coordinado por Nashyeli Figueroa Galván



© Nashyeli Figueroa Galván (coordinadora)

© Rebeca Marsan (@Rebekun Y @Maar.Saan)
Colaboración con los retratos

© María Isabela Huitrón Ramos
Valeria Peña Galaviz
Rudi Valtierra
Mel Niño
María Verge
María Alejandra Privado
Citronela
Virginia Guadalupe Reyes De La Cruz
Claudia Fregoso Anaya
Silvia Jurado Celis
Iliana Barrera
María De Lourdes Flores López
Anahí Jobeth Borrás Enríquez
Estefanía Aragón
Jaz Peña y Victoria Hidalgo
Tannia Alexandra Quiñones Muñoz

Universidad Autónoma “Benito Juárez” de Oaxaca

Primera edición: 2021

© Paréntesis diseño
Diseño y maquetación: María Fernanda Gutiérrez Orozco

ISBN 978-607-8815-02-9

El contenido de este libro no debe ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el permiso
previo de los titulares de los derechos.
Todos los derechos reservados.

Hecho en México.

Alguna vez, en una conversación que me alimentó profundamente, le dije a mi terapeuta justo esto: la importancia de los “instantes eternos”. Este año, 2020, ha sido una entrada a mi propia vida. Empecé a vivirlo con intensidad, experimentando situaciones adversas ajenas hasta que llegué a vivir las propias. La vida duele y sorprende, y en esos instantes eternos es cuando más viva me he sentido.

Este proyecto ha nacido con timidez, con inseguridad, con mucha fragilidad. Esperanzada en primer lugar en contar con mujeres valiosas e importantes con las que he compartido partes de mi vida, invitando a otras compañeras que, si bien no tengo el gusto de conocer en persona, forman parte de esto. Estamos aquí las que queremos que estar, compartiendo nuestros pensamientos y sentimientos que nos han forjado instantes eternos.

No me ha interesado impulsar un proyecto de escritura académica, a pesar de que varias de nosotras, desde alguna esquina nos hemos construido y que, sin querer, pensamos y sentimos desde ahí. Me ha interesado construir juntas algo especial, que represente nuestra existencia. Muy probablemente nuestras experiencias sean un reflejo de la vida de otras mujeres.

Hablar de nosotras, desde nosotras, no es un ejercicio fácil. Me atrevo a decir que el esfuerzo ha implicado enterrar el orgullo y florecer desde la palabra. Ejercicio necesario para sobrevivir y contribuir a la construcción de realidades cercanas, concretas, humanas.

Este es un viaje que tendrá efectos particulares en cada una de nosotras y de quien disponga el gusto para conocerlo. Desde compartir experiencias de dolor y sufrimiento, hasta compartir reflexiones llenas de esperanza y amor. Cuestionando el valor de la vida y la muerte misma. La esperanza siempre sale a flote, desde la fe o la rebeldía. Decidir abrirnos y contarnos para expresar, nos da la oportunidad de ver cómo hemos sido tejidas, cómo nos tejemos. Hablamos de muerte, de vida, de maternidad, de violencia, de encierro. Experiencias y reflexiones desencadenadas desde el ser mujer.

Gracias a todas por estar. Gracias a Rebeca Marsan (@_rebekun_ y @maar.saan) por su colaboración con los retratos de las que quisieron compartir su rostro.

Nash

Contenido

Aquí estoy, pandémico* <i>María Isabela Huitrón Ramos</i>	12	La rueda de la fortuna. Algunas reflexiones En tiempos de pandemia. <i>Silvia Jurado Celis, Tlalixtac De Cabrera</i>	52
“Lo que quise decir” <i>Valeria Peña Galaviz</i>	16	Iliana Barrera	59
De Telares Somos <i>Rudi Valtierra</i>	20	Repensando lo esencial de la vida: Estragos de una pandemia <i>María de Lourdes Flores López</i>	60
En el encierro es cuando más buscamos <i>Mel Niño</i>	22	Mamá embarazada científica en la pandemia <i>Anahí Jobeth Borrás Enríquez</i>	64
María Verge	26	Para florecer hay que pasar por todas las estaciones <i>Estefanía Aragón</i>	70
De Valeria Para Ustedes <i>Valeria Peña Galaviz</i>	28	Desde la mirada de mi hija <i>Jaz Peña y Victoria Hidalgo</i>	76
La radicalidad de la libertad de decidir sobre mi cuerpo: decido ser madre. <i>María Alejandra Privado</i>	32	Ella es mi madre <i>Jaz Peña</i>	90
¿Y si tuviera la opción? <i>Citronela</i>	38	Sigo viva <i>Nashyeli Figueroa Galván</i>	102
In Memoriam <i>Virginia Guadalupe Reyes de la Cruz</i>	42	Solo por hoy <i>Tannia Alexandra Quiñones Muñoz</i>	104
Apuntes sobre el año que se fue <i>Claudia Fregoso Anaya</i>	50		



A manera de relato, poesía, fotografía y ensayo, aquí estamos



*Aquí estoy, pandémico**



Maria Isabela Huitrón Ramos

* Esta oración no me pertenece. Con esa frase terminó uno de los últimos cursos que tomé (en línea, obviamente). Lo dijo el maestro, después de decirnos que si necesitábamos algo podíamos recurrir a él. En el momento, no fue una frase especial, pero a mí me pareció especial porque yo también aquí estoy, pandémica.

Estoy.

Sigo aquí.

Pandémica.
Pandémico.
Pandémique.
Pandémicx.
Pandémic@.

Aquí estoy.

Hoy más que antes
siento que no volveré
a ser no-pandémicx.

He sido tantas
tantos
tantes
tantxs
tant@s

He recorrido más de una vez
todos los mismos caminos.
Los que ya me sabía de memoria
(vergüenza, amor)
y los que siguen siendo un poco nuevos
(incertidumbre, responsabilidad).

He reusado muchas bolsitas de té
muchas tazas
uno o dos calzones
tres camisas
y cinco pantalones.

Sigo haciendo listas de lo que siento

- me chocas
- me caen mejor tus amigxs
- me cae mal tu mamá
- ya no me soporto
- te amo
- les dedico todas las canciones de amor
- no quiero volver
- quiero volver
- extraño a mi mamá

Descubrí muchas cosas (y no tantas)
como que

me despierto tarde cuando estoy triste
estoy perdida
estoy sin ganas
me perdono

me despierto temprano cuando tengo un compromiso
con alguien más que no sea yo
y me dan ganas de vivir
encuentro razones en seguir existiendo

me despierto aunque todo esté de la chingada
no quiera despertar
me hubiera gustado despertar antes

el son jarocho me hace muy feliz
soy más que mi cuerpo pero también soy mi cuerpo
a veces necesito gente
a veces me necesito

Siento que estos nueve meses han durado tres años.

Y no hay pausa.

Nadie para.

Yo quiero detenerme.

Verlxs a todxs.

Fijarme antes de cruzar la calle.

Pero nunca lo hago.

Siempre me atropellan.

Un día de estos voy a aprender

a sentirme menos invencible

sin sentirme muerta.

Cada día mis cagaderos se vuelven más abstractos y más cagados.

Es el efecto pandemia.

Yo espero que se acabe (¿efecto ingenuidad?).

Aquí sigo, pandémica e ingenua.

"Lo que quise decir"

Valeria Peña Galaviz





Valeria Peña Galaviz



De Telares Somos



Rudi Vattierra

Madre, enséñame la historia que se teje entre los hilos de tu telar...

Madre yo escucharé y beberé de la palabra del agua que fluirá de tus labios...

Me sentaré al lado tuyo, cerca de tu huipil floreado, bajo está sombra de nubes, de árbol, a mirar tus ojos cuando miras a la Tierra, tus manos que se pierden entre los hilos, tus pies siempre en la Tierra...

Y esperaré a tu regreso para decirte que me lleves contigo, allá donde vas.

Madre, amárrame a tu cintura morena, muéstrame lo que miran tus ojos, para que yo pueda mirar también a lo largo y ancho de tu telar...

Los cerros que respiran con el viento, a las aves con su canto de colores, a las flores que brotan de la tierra, al sol y a la luna, al fuego que alimenta y devora, al agua que es vida y se hace palabra que recorre los cerros y montañas.

Toma mi mano y, guíame madre a escribir con los hilos de colores que florece la tierra...

Enséñame a escuchar la palabra antigua, la que hablaron mis abuelas y que aún vive a lo largo de tu telar, firme, fuerte y suave como el algodón coyuchi.

También yo quiero danzar, así como tú en los brazos de tu telar, al son de nuestra historia, como este telar que nace y muere.

Madre ahora entiendo, ahora veo

Larga es nuestra historia.

En el encierro
es cuando más buscamos



Mel Niño

Tras muchos intentos, por fin logré que mis manos volvieran a su estado natural. 'Estado natural' quiere decir antes del Covid-19, cuando con el miedo no me llevaba a lavarme las manos en una espiral de histeria recursiva. A. del C. cuando la picazón del cloro era teórica en mi vida. Así de minúsculos son, en mi caso, los aprendizajes de la pandemia que, más que enseñanzas, me ha traído interrogantes. Por ejemplo: ¿de dónde me viene este renovado gusto por la limpieza?

Al principio, lo asumí como un mecanismo de defensa. Defensa contra los gérmenes, bacterias y cepas inventadas por las compañías de limpieza; y defensa contra el desconcierto que se fue colando los rincones. Pero este primer ensayo de respuesta se tambaleó al mes, cuando mi casa estaba reluciente como mi ansiedad, y a fuerza de tanto repasar trapo y alcohol, trapo y alcohol, ya nada se podía limpiar sin romperlo o desaparecer en mis manos. Por eso mudé mi rutina al nuevo escenario de la azotea. Casi me vuelvo alcohólica, quiero decir, más. A cada maratón de regar, barrer, escardar y trasplantar, le seguían recargadas horas de inacción, vaciando alternadamente una copa de Nora y otra de Nick, en una de las pocas relaciones humanas que mantuve: la relación conmigo misma. Fue en este tiempo, y después de muchos meses, cuando por fin entendí de dónde me viene este gusto por la limpieza, que la cuarentena no ha hecho más que estimular.

Decidida a no postergarlo más, esta mañana me puse mis shorts rotos para subir a la azotea. Después de regar y ver cómo van creciendo, asobronadas, mis lechugas, cerré la manguera y la cambié por martillo, serrucho y rígidos guantes de cuero. Los guantes son una precaución en caso de que me salga un alacrán al estar moviendo la madera. Porque me he decidido a desbaratar y disponer los despojos de una tarima en la que murieron todas mis hierbas de olor, y que en mi despecho, dejé que se pudriera lentamente.

Pero como buena géminis, mis rencores pasan rápido, y el gusto de martillar, en sentido contrario, cada uno de los clavos que mantenían unidas las tablas, pudo más. En esas estaba, cuando empezó otra vez la monserga de la pregunta: ¿de dónde me viene este gusto por la limpieza?, ¿es, en verdad, un gusto por la limpieza o una fijación por hurgar, romper si es necesario, y llegar al fondo de las cosas para descubrir que no son nada y el fondo es un lugar vacío?... A un pelo de perderme en disquisiciones cursi-filosóficas, un alacrán vino en mi rescate. Era un hijito que había anidado entre las vetas

de un cubo de madera que partí en dos, al intentar sacar el clavo que, como a Jesucristo, lo atravesaba. Porque, por atención y civismo, no puedes tirar tablas con clavos que luego lastimen a los carretoneros o a los pepenadores.

Después de matarlo, me trasladé en el tiempo hasta la mañana en la que, al ponerme una de mis botas amarillas, un alacrán avanzó por mi empeine sólo para ser barrido por un manotazo de mi abuelo. Una gelatina quebradiza se reveló cuando mi abuelo levantó su huarache. Siempre que me encuentro un alacrán, regreso a este momento. Me he creado la superstición de que algo me une a ellos, por eso vienen y vienen a morir a mí, sin nunca picarme. Pero el tema no es ese, sino que al revivir mi recuerdo, revivió también mi infancia.

Pasé revista de la cocina: un cochinerero en penumbras, en donde una vitrina amarilla custodia mini-refrescos, sal de uvas, limones agrios, una piedra pómez, vasos de veladora reciclados y así sucesivamente el largo concierto de cosas que guardaban un orden sólo comprensible para mi abuela. Luego, me seguí con el cuadrado que hacía las veces de sala-comedor-dormitorio, ¡y lo mismo!: una disposición idiosincrática de regalos navideños destinados a morir dentro de sus cajas, una casita de madera con mini-perfumes, un beliz, un catre de tartán verde, una mecedora, una tele, un reloj Kimberly canjeado con empaques de papel de baño, y un universo de cosas desconcertadas que albergaba el tejaban de mis abuelos.

Pero si no de mi infancia, ¿de dónde entonces me viene este gusto por la limpieza que me ha mantenido ocupada, aunque al principio me despellejara las manos? ¡Manos! Eso es. Manos que sostienen una jícara. Manos que se mojan dentro de la jícara para luego sacudirse e ir estrellando la tierra, con gotas de agua limpia. Tres jícaras bastaban para humedecer todo el solar. Lo sé porque yo era la encargada de rellenarlas y así ayudar a que mi abuela siguiera salpicando la tierra, hasta dejarla lista para rastrillar y recoger las hojas de aguacate, guanábana, limón y nancy que le nacían al suelo por las noches. Mantener ese vergel a raya era, sí o sí, una tarea diaria. No como mi azotea, que puedo darme el lujo de abandonar durante días, porque mis árboles son enanos y crecen lo que permite una maceta. Pero los árboles de mi infancia eran gi-gan-tes, cualquiera que haya estado delante de un aguacatero sabe de lo que hablo. Y son estos árboles, mis grandes maestros, quienes guardan la tan buscada respuesta.

No es la limpieza lo que me lleva, sino una vaga conciencia, que como el alacrán sacrificado, anida en las vetas de una memoria fragmentada. Si lo pienso, llamarlo conciencia, vaga o no, es mucho atrevimiento. Poco de consciente tiene este impulso que, dos o tres veces al año, me lleva a contemplar con emoción las bolsas negras, en las que se irán a la calle todas las chingaderitas que se enredan a mi mirada con cada paso que doy. Poco de consciente y más de crisis neurótica tuvo mi impulso de arrancar durante dos semanas las costras de pintura de esta casa rentada, en la que cada uno de los inquilinos que la habitaron antes, fue plantando capa tras capa como filtro tras filtro el cubrebocas que asfixia sus muros. Todavía mucho menos consciente es mi salto al vacío, estas maromas con las que, en mi automatismo, me precipito a esas mañanas regando la tierra para después barrerla y ver mi horizonte despejado. Ese horizonte en el que, largo tiempo esperadas, brotarán personas.

Qué aprendizaje más importante que éste podría dejarle a una becaria la pedagogía de un encierro que no acaba, ya sea de lunes a viernes, entre las paredes de un horario incommovible, los pasillos acechantes y las calles, o, cinco y luego quince días y luego todo un mes y dos y tres... ¡para volver a empezar otra vez! Qué aprendizaje más importante que el de tener lista la casa del cuerpo para recibir la vida, de la forma en que se nos presente: picazón, nervios y estornudos o preguntas necias más insistentes que operador de telemarketing, e incluso, que la mujer que observé esta mañana en la tiendita de la esquina. Esa mujer que no cede ante la nueva a-normalidad y ha de oler y revisar, uno por uno, los chiles antes de pagarlos. Una mujer en la que veo a mi abuela, una mujer que me representa.



Maria Verge.

No lo entiendo. ¡Es por tu bien! Es por el bien de los demás. El puto Virus no existe.

El Virus mata. ¡Que pánico! Es un arma letal fabricada. Es un efecto de la naturaleza, que se ha rebelado de nosotros, sus malos hijos e hijas. Son los reptilianos. Es la tercera guerra mundial. China. Es el inicio de la Era de Acuario. ¡Viene la peor crisis económica mundial de la historia! ¡Es Soros! Es para un cambio de frecuencia mundial... Y yo me fumo un cigarrillo de liar y me tomo una copa de vino tinto, mientras lo escucho todo y lo observo todo. Sintiéndome extrañamente tranquila. Con la certeza interior de que nos vamos a extinguir. Y estará bien. Será bueno.

Y mientras eso pase o no pase, ¡yo voy a seguir disfrutando! Tendría que estar en el Perú de nómada y estoy en mi pueblo. Estoy en mí y eso es lo importante.

De Valeria Para Ustedes



Valeria Peña Galaviz

Mi familia es muy especial para mí, aunque hemos tenido dificultades yo les quiero mucho, pero hace año y medio que no les veo y prácticamente no hablamos. Esto es porque en ocasiones es necesario tener cierta distancia, cuando el diálogo ha sido imposible y la violencia se ha vuelto recurrente. A lo largo de mi vida he tenido diversos procesos de problemas y reconciliaciones con ellos, y por eso he aprendido a reconocer los diferentes tipos de violencia y cómo reaccionar a ellos de maneras convenientes para mí, pero para eso he tenido también que investigar y cuestionarme qué es lo que yo quiero, qué parte de lo que yo quiero se conforma de expectativas de otras personas, con qué se siente mejor mi cuerpo y mi interior.

La nostalgia por tener una familia o una madre según lo que yo siento que hubiera cumplido con mis necesidades es algo que suelo sentir. En estos momentos estoy en un proceso de identificar que gran parte de lo que he esperado de mi familia, especialmente de mi madre, tiene que ver con roles patriarcales que he aprendido a lo largo de mi vida, a través de lo que se me ha dicho en todo tipo de contextos. La sociedad mexicana no es una en la que aprendemos a ser independientes de la familia, sino que se nos suele promover que todo mundo debemos tener una familia con la cual contar incondicionalmente...la madre con un amor incondicional, la madre que no tiene permiso de tener sus propios gustos o intereses, o que los puede tener siempre y cuando estén primero los de los hijos.

La palabra incondicional para mí está llena de opresión, es como la palabra perfecta, porque no tienen fallo. Son palabras que ignoran el contexto, las capacidades de cada mujer, sus condiciones de salud o económicas o emocionales, son palabras que son como aplanadoras. Imaginar que solo porque tengo capacidad de gestar debo de ser incondicional a alguien, a un hijo, se me hace hasta cruel, pues bajo esa premisa no importa si esa persona es violenta conmigo, no importa si lo que hace va en contra de todo lo que yo creo, no importa si no me agrada tener que estar atenta a lo que le sucede a esa persona.

El amor incondicional, tanto el que se espera de la madre a la hija como viceversa, es lo que ha puesto de por medio tantas dificultades entre mi madre y yo, impidiéndome a mí aspirar a tener una independencia con la que por mí misma pude haber resuelto necesidades económicas y de afecto que siempre exigí de mi madre. Las creencias me han hecho permanecer en sitios donde no me ha convenido, el no poder aceptar que, a pesar de lo que siempre se me dijo acerca de la protección que se recibe en la familia, realmente hay familias que no tienen las capacidades emocionales o económicas para dar ese refugio esperado. La mujer como madre, como naturaleza, naturaleza cuyo cuerpo es utilizado para sustraer recursos que beneficien a otros, cuyas necesidades e intereses no son escuchados, esa mujer-madre que por naturaleza es tierna y atenta, es la que yo esperé, y nunca quise saber quién era realmente mi madre.

¿Qué machismos han sido ejercidos sobre mi madre, ante quién tiene que cumplir, cómo los aparatos del Estado han utilizado a la madre como un conducto para su propia opresión y la de sus hijas, de dónde surge lo que entendemos por madre, con qué obligaciones viene ese papel? Desde que se sabe que vamos a ser niñas, ya se nos considera madres. Desde pequeñas, se espera que las niñas seamos más tiernas y atentas, porque podemos gestar, y las características de alguien que va a tener un bebé deben ser esas. Se nos dan juguetes de bebés, para que aprendamos a ser cuidadoras, y no solo de los bebés, sino de los hombres, de los ancianos, de los enfermos. Este es el legado del siglo XVII. Sobre el trabajo gratuito de la madre se sostiene el poder del hombre y del capitalismo.

Gracias mamá por llevar tu lucha, sea la que sea, la tienes, como todas la tenemos, solo con pensarlo un poco me doy cuenta ahora, de todas las veces que, como mujer que eres se te ha criticado y se han ejercido sobre ti las opresiones machistas. Existir resistiendo, encontrando las grietas, aunque parezcan a veces muy pequeñas, en cuanto menos grietas se pueden ver en un sitio más titánica es la labor.

Les comparto a todas un poema de Julia de Burgos, con el que ella me recuerda que al tomar nuestra ruta vamos encontrado nuestra propia expresión, la que nos viene de adentro:

Yo misma fui mi ruta

*Yo quise ser como los hombres quisieron que yo fuese:
un intento de vida;
un juego al escondite con mi ser.
Pero yo estaba hecha de presentes,
y mis pies planos sobre la tierra promisoro
no resistían caminar hacia atrás,
y seguían adelante, adelante,
burlando las cenizas para alcanzar el beso
de los senderos nuevos.*

*A cada paso adelantado en mi ruta hacia el frente
rasgaba mis espaldas el aleteo desesperado
de los troncos viejos.*

*Pero la rama estaba desprendida para siempre,
y a cada nuevo azote la mirada mía
se separaba más y más y más de los lejanos
horizontes aprendidos:
y mi rostro iba tomando la expresión que le venía de adentro,
la expresión definida que asomaba un sentimiento
de liberación íntima;
un sentimiento que surgía
del equilibrio sostenido entre mi vida
y la verdad del beso de los senderos nuevos.*

*Ya definido mi rumbo en el presente,
me sentí brote de todos los suelos de la tierra,
de los suelos sin historia,
de los suelos sin porvenir,
del suelo siempre suelo sin orillas
de todos los hombres y de todas las épocas.*

Y fui toda en mí como fue en mí la vida...

*Yo quise ser como los hombres quisieron que yo fuese:
un intento de vida;
un juego al escondite con mi ser.
Pero yo estaba hecha de presentes;
cuando ya los heraldos me anunciaban
en el regio desfile de los troncos viejos,
se me torció el deseo de seguir a los hombres,
y el homenaje se quedó esperándome.*

Julia de Burgos

*La radicalidad de la libertad
de decidir sobre mi cuerpo:
decido ser madre.*



Maria Alejandra Privado

3 de diciembre de 2020

Para hablar de la maternidad, es preciso que lo haga en primera persona, desde la propia experiencia que me cruza siendo mamá. Soy mamá de una niña de casi 8 años, y de un niño de casi un año. Soy mamá porque quise serlo conscientemente, ninguno de los dos vinieron por casualidad, a ambos los deseé profundamente. Aún así, mis embarazos no fueron fáciles, con Hab'chahim mi hija mayor, tuve varias amenazas de aborto espontáneo, por lo que tuve que pasar buena parte de mi embarazo en reposo absoluto. Eso me obligó a dejar la elaboración de mi tesis de maestría a un lado por un tiempo, porque era incapaz de trabajar en ella debido a que mi estrés alcanzaba mi útero y me provocaba contracciones. Para mí, eso fue una compleja experiencia de negación a mí misma.

Ella nació prematuramente, y como luchadora por quedarse que había sido desde mi vientre, fue una niña fuerte y guerrera desde que nació. No necesitó oxígeno ni la incubadora por mucho tiempo. Prácticamente salió del hospital al mismo tiempo que yo. Necesitó muchos cuidados por su bajo peso y por su condición de prematura, fue cangureada por su papá y por mí. Mi segundo embarazo, siete años después del primero, fue un tanto más tranquilo en sus inicios, sin sobresaltos; pero al final, el proceso se repitió y Martín Saqew nació prematuramente también; con él, la angustia fue un poco mayor. Tenía en su contra, según médicos, médicas y enfermeras, el ser niño, porque los niños, no luchan tanto como las niñas al nacer y tienen más complicaciones y riesgos de padecer alguna discapacidad derivada de la prematuridad. Nació incluso una semana antes que su hermana y con menor peso; por lo que tuvo que estar diez días hospitalizado. Sin embargo, Martín al igual que su hermana, a pesar de los pronósticos, tampoco necesitó oxígeno y salió relativamente pronto del hospital. Tenía en mis brazos a otro guerrero. Fue cangureado también por su papá y por mí, y también necesitó de todos los cuidados especiales como su hermanita. Uno de los cuidados que reciben las y los bebés prematuros, es que no pueden ser visitados por nadie, ni sacados de su entorno, hasta que alcancen un peso en el que se encuentren fuera de peligro, así que, he estado en cuarentena desde el 28 de diciembre del año pasado prácticamente, porque cuando Martín alcanzó el peso, empezó la pandemia.

La maternidad no es fácil. Como cualquier opción de vida, tiene sus complejidades y contradicciones, pero además, todo el entramado social patriarcal y capitalista, está construido para que sobre los cuerpos de las mujeres, recaiga todo el peso de la actividad reproductiva. No solo en términos de la maternidad obligatoria sino también en todo el trabajo de cuidados y de reproducción cotidiana de la vida. Como bien lo indica Silvia Federici, entre otras, el capitalismo tiene uno de sus pilares en el no reconocimiento ni remuneración del trabajo reproductivo, ya que, sin él, la acumulación de capital simplemente no sería posible. Es conveniente entonces relegarnos al espacio privado, al trabajo reproductivo y desdeñarlo. Lo complejo de este proceso es que, al jerarquizar los espacios público y privado, así como el trabajo productivo y el reproductivo, llegamos a creernos y a hacer cuerpo dicha jerarquización, reproduciendo nosotras también dicho desdén.

La maternidad entonces, junto con los cuidados de las y los enfermos, las y los ancianos, la elaboración de comida, y un largo etc. pasan a ser despreciados como actividades indeseables. La pregunta es: ¿son realmente despreciables en sí mismas? Fui criada en una familia en donde todas esas labores eran propias de las mujeres de la casa, y mi hermana y yo, constantemente nos rebelábamos ante eso. De hecho, por esa misma razón, por mucho tiempo, tuve la certeza de que no quería ser mamá.

Sin embargo, si como colectivos humanos no cuidamos a las y los enfermos, no cuidamos a las y los ancianos, no cocinamos, no limpiamos, no hacemos las miles de pequeñas actividades de reproducción ¿quién las hace? ¿pagamos a quien las haga? ¿No estamos reproduciendo acá la misma lógica del capital? ¿No subsumimos a otras y otros a dichas actividades desdeñables?

El problema es más complejo que eso, es más profundo. El triunfo del tiempo abstracto con su consiguiente interiorización nos ha hecho despreciar el trabajo reproductivo, con la maternidad como uno de sus núcleos, pero además de su desprecio, podemos constatar cómo a pesar de que se nos exige la reproducción de la fuerza de trabajo, la organización misma de la vida está construida para que las mujeres madres la tengamos cuesta arriba. Con los lazos sociales cada vez más fragmentados, el trabajo se nos recarga, y en lo laboral, se nos ve como elementos poco productivos, por lo que nuestro trabajo asalariado se condiciona a no “perder tiempo” en nuestros hijos, se dificultan los permisos si los niños se enferman, se nos rechaza en salones de clase si llevamos con nosotros a nuestros hijos, a muchas mujeres se les niega la presencia en espacios de decisión política porque estorban si llevan niños que hacen ruido... Es improductivo porque el tiempo dedicado a la maternidad no lo trocamos por dinero, porque además no nos produce prestigio social o un nombre en revistas científicas. Con el triunfo de la razón, con el triunfo de la escisión mente-cuerpo y la jerarquización del trabajo intelectual por encima del trabajo manual, las

mujeres pasamos, junto con la maternidad a ser parte de la naturaleza –a quien debe dominarse-, del trabajo invisible y sin valor.

Como dije anteriormente, las mujeres hemos asumido fuertemente este tiempo. Hemos aceptado que ser madres es ser dominadas, hemos equiparado la maternidad con el fracaso de las mujeres, como lo ha planteado Federici con el fracaso de la quema de brujas. Hablamos entonces, de toda una organización de la vida, de las relaciones sociales –la totalidad pues- regida por el tiempo abstracto, regida por la forma mercancía. Dicha organización imposibilita no sólo en términos concretos, que los hombres participen en la reproducción de la vida en sus quehaceres más cotidianos, y que vivan una paternidad comprometida, sino que además, al jerarquizar y establecer el dominio del hombre, en su labor “productiva”, los coloca en una posición privilegiada, por encima de las mujeres, a la que muy pocos quieren renunciar, porque en muchos sentidos, es más cómoda. Algo similar sucede con las mujeres que tienen la posibilidad de “contratar” a otras mujeres para que se encarguen de las labores reproductivas, mientras ellas se enfocan en la esfera de la producción, en la esfera de lo público. En muchas ocasiones, esto lleva a la subsunción de otras mujeres para lograr la inserción en la esfera laboral. Claro, resuelvo así mi propia situación, me libero de este trabajo “alienante” y “devaluado” pero ¿critico en algo el sistema mismo que me coloca por encima de otra mujer que realiza este trabajo?

Existen multiplicidad de estudios que registran cómo muchas mujeres dedicadas al cuidado de otros, dejan de cuidar a sus propios hijos por cuidar a los hijos de sus “patronas”, o realizan largas horas de trabajo invisibilizado y mal pagado, mientras sus patronas se insertan en el mundo laboral demostrando así exitosamente, que se puede ser madre y profesional a la vez. Debemos apuntar más profundo entonces. ¿El problema es realmente la maternidad o lo es la organización de la vida, la invisibilización y sobrecarga del trabajo reproductivo sobre las mujeres, el no reconocimiento intencional del trabajo reproductivo como pilar sobre el que descansa el capitalismo mismo? ¿El problema no es acaso de la forma de las relaciones sociales en su totalidad, y la imposibilidad cada vez mayor de vivir la vida como una experiencia que trascienda el tiempo abstracto y la producción de mercancías como fin en sí mismo? ¿La maternidad es un acto absolutamente conservador? NO, la maternidad en sí misma NO lo es, es conservador todo el andamiaje sobre el que se ha sentado la idea de la maternidad en la modernidad capitalista. Es totalmente comprensible que muchas mujeres decidan y reivindiquen el derecho de no ser madres, así como el aborto, en las circunstancias actuales, mismas en las que la maternidad pareciese implicar en sí misma la idea de dominación. Sin embargo, debemos ser cuidadosas de no lanzar el agua sucia con la niña adentro, como dice un dicho popular. La crítica en mi opinión no debiese ser una crítica a la maternidad en sí misma. Cabe preguntarnos si la lucha, las resistencias que emprendemos las mujeres cotidianamente, la hacemos

a costa de la amputación de una parte de nuestro ser. Amputación misma que realizamos a nuestros cuerpos y emociones con tal de privilegiar nuestra razón y entrar así al círculo de quienes sí son dignos de ser llamados académicos, profesionales, etc. ¿El aceptar esto, no estamos aceptando entonces el triunfo de la razón y el progreso, aun cuando nuestra intención es luchar contra ellos?

Estoy convencida de que ninguna mujer debe ser obligada a ser madre, la maternidad obligatoria no debe existir, y por tanto, estoy en favor de la lucha por la legalización del aborto. Sin embargo, también estoy convencida de que la máxima del derecho a decidir sobre nuestros propios cuerpos si es realmente coherente y radical, debe permitirnos decidir SI tener hijas e hijos si lo deseamos, y que no se nos juzgue o considere “alienadas” o menos inteligentes por eso.

Estoy cansada de que se me trate con condescendencia por ser mamá; de que se crea que no tengo las capacidades para realizar trabajos o que se me excluya de espacios de discusión porque no puedo “adecuarme” a los horarios y reglas de ciertos espacios. Pareciera ser que muchas de las reglas que rigen están hechas para individuos sin lazos sociales, sin responsabilidades de cuidados, sin familia sea cual sea esta. Mi compañero constantemente ha sido juzgado por llevar a nuestra hija al trabajo cuando ambos estamos ocupad@s en reuniones, compañeras que se dicen feministas se burlan de él cuando en reuniones “virtuales” está él sosteniendo a Martín en brazos o se escucha su llanto y él atiende sus necesidades.

La lucha debe ser entonces por la construcción de un mundo otro, cuestionando la organización de la vida y sus jerarquías como hoy están establecidas. Cuestionar el por qué del rechazo de la maternidad, preguntarnos ¿qué estamos rechazando realmente? Cuestionar la separación del trabajo manual e intelectual, cuestionar la escisión entre el trabajo productivo y reproductivo. Cuestionar el tiempo abstracto y cómo lo hemos hecho parte de nuestra carne. Cuestionar el papel secundario al que se ha relegado la reproducción de la vida, cuando es necesario reproducir la vida, es necesario afrontar la construcción de lazos que nos humanicen. Es necesaria otra organización de la vida en la que tanto padres como madres se hagan cargo de sus hijos, los disfruten, experimenten la vida, sin que esto implique la recarga de trabajo, la negación de sus capacidades creadoras o la posibilidad del disfrute de tiempo emancipador.

Además, en mi experiencia, la maternidad ha implicado una mayor humildad frente a la transformación social, una menor arrogancia y juicio frente a las distintas experiencias de transformación, porque no es fácil. No es fácil educar a una niña o a un niño a contracorriente. No es fácil asumir una maternidad a contracorriente de los patrones de sacrificio, culpabilidad y autonegación que hemos aprendido y hecho cuerpo. Es, en muchas ocasiones, agotador.

Con Hab'chahim y Martín, he aprendido, a nivel personal, que mi ser humana, mujer, si aspira a ser plena, debe pasar por cuestionar la escisión mente-cuerpo, pero no solamente a nivel teórico, sino radicalmente, como cuchilla de doble filo; auto cuestionando mis certezas, siendo autocompasiva, luchando por no encerrarme en nuevas cárceles que me impidan buscar mi libertad. También me redescubrí valiente y obstinada. He aprendido lo que implica respetar profundamente la diferencia, observando y conviviendo con una pequeña mujer que trae sus propias formas de vivir y buscar su camino, a su ritmo. También he identificado en mí, con preocupación, los patrones autoritarios, de miedo y de culpa, arraigados en nosotras y cómo desmontarlos implica, como bien decía Bourdieu, todo un trabajo de contra-adiestramiento del cuerpo mismo. He aprendido de sus preguntas y preocupaciones cotidianas, he aprendido de la ternura y capacidad de amar. Sí, del profundo amor que podemos tener por otras personitas. He aprendido que no soy perfecta y que mis hij@s y mi compañero tampoco lo son, y no tienen por qué serlo, todas y todos estamos en el camino de construirnos de forma distinta.

Con Hab'chahim, estoy muy consciente y clara de todo lo que no quiero para ella, de la diversidad de opciones que quiero que tenga para su vida, de la mujer libre que deseo que sea. Ahora, con Martín, tenemos un nuevo reto. También deseo que sea un hombre libre, un hombre que no le tema a sus sentimientos, consciente del privilegio que tiene por haber nacido hombre, y que no le tema al compromiso de luchar por un mundo diferente para todas y todos. Amb@s despiertan en mi profunda esperanza.

Finalmente, me gustaría plantear la necesidad de hablar honestamente de la maternidad en todos los espacios, de plantear nuestras reflexiones junto con otras mujeres que no tienen acceso a espacios de reflexión feminista, que no se consideran feministas pero que cotidianamente ejercen la maternidad librando luchas cotidianas por criar a sus niñas y niños con sus propias herramientas, con sus propias certezas, pero que están ávidas de contar con espacios de diálogo en donde no se les juzgue por haber escogido ser madres y estar agotadas, exhaustas, llenas de contradicciones y deseos propios. Debemos hablar de la maternidad con todas sus luces y sombras. No idealizándola, pero tampoco criminalizándola.

En mi experiencia, puedo decir que cada día finalizo exhausta, que mis brazos se han hecho más fuertes y mis habilidades mayores al tener a Martín en un brazo, haciendo la pacha con el otro y escuchando las historias que me cuenta mi hija a la vez que estoy atenta a que Martín no meta las manos en el agua caliente. Que he ido acrecentando mis niveles de paciencia, mi creatividad, reinventando mi capacidad para jugar e imaginarme historias y mundos nuevos. Que estoy dispuesta a pelar con garras y dientes con tal de que vivan en un mundo distinto este que no me gusta y que sus risas, sus miradas, sus voces y sus manitas rozando las mías o mi cara son uno de los regalos más hermosos que la vida me pudo dar.

¿Y si tuviera la opción?



Citronela,

dic 2020

Cuando me invitaron a escribir para el presente texto pensé que podría decir que no fuera tan repetitivo, pero creo que no lo voy a conseguir porque los temas candentes están sobre la mesa y rondan mi cabeza desde hace mucho. Escuchando que recientemente la eutanasia fue aceptada en España empecé a recordar varios acontecimientos de personas muy cercanas a mí. Hombres y mujeres en sus cincuentas quienes ya desde hace algunos años hablaban de cómo no les gustaría vivir de “viejas y viejos” y de cómo no querrían morir, recuerdo frases tales como “la vida es un suspiro” “la vida pasa en un segundo”, “el tiempo de vida es muy corto” etc. Pero parecen huecas hasta que empiezas a ver arrugas en tu cara y a sentir dolores que antes no tenías, cuando te das cuenta de que ya no puedes mover tan rápido y que los golpecitos te dejan grandes moretones que tardan mucho en desaparecer, deja las canas, esas te las puedes pintar. Pues ya, en este momento de aislamiento y confinamiento hay tiempo para verse en el espejo y, una vez que has terminado las múltiples tareas ahora sí que hay espacio para sentir el paso del tiempo, sobre todo si no puedes dormir bien por la noche. Siempre he estado de acuerdo en que la forma de vivir importa mucho, pero la forma de morir también, apelo a una muerte digna, que para mí es indolora y rápida. Nunca vi el programa de mil maneras de morir porque me parecía morboso, sin embargo, en algún momento llegué a pensar que podría dar alguna idea de cómo morir sin sufrimiento ni dolor.

No es casualidad que una ley tan controvertida como esta, me impulse a escribir estas líneas, vivimos un momento que mucha gente pensó no llegar a ver nunca y tampoco vivirlo en carne propia. El hecho de que al otro lado del mundo muriera tanta gente hacía ver como surrealista la pandemia del Covid-19, parecía algo tan lejano en la distancia como en el tiempo. ¿Por qué este recurrente pensamiento sobre la muerte? No son sólo las condiciones, hace un rato que escucho únicamente lo más indispensable sobre las noticias que tienen que ver con la pandemia. Eso que llaman infodemia a mí me llegó mucho antes. Por una parte, un sentimiento de impotencia, por el otro el miedo a no querer enfermarse en un momento en que la precariedad de los servicios de salud está en auge.

Siempre me han gustado temas relacionados con la salud y su cuidado, pero en esta ocasión no sólo me quedé en la lectura o en la información, las tres veces que me he enfermado durante estos 9 meses me he puesto a buscar etiologías, tratamientos tanto alópatas como naturales y los he llevado a cabo, he visitado un par de veces a los médicos por un problema que requiere cirugía y que por cierto no me pueden hacer por el momento porque el hospital fue adaptado para Covid. Bien, no son enfermedades graves, pero me he diagnosticado y tratado sola, supongo que mucha gente lo está haciendo a través de la medicina de boca en boca, remedios caseros, y lecturas en artículos científicos, pero también, de otras enfermedades, todo se encuentra en internet y las redes sociales solo hay que saber buscar. Creo que en mi caso el aislamiento y el encierro no me han afectado demasiado, no soy muy sociable, parte de mi trabajo lo hacía en casa y salgo muy poco; si he tenido momentos de depresión han sido más bien por ver las condiciones de personas cercanas a quienes aprecio y por los fallecimientos de amigos y conocidos. Nunca antes había sabido de tantas muertes de gente conocida en tan poco tiempo. A diferencia de un conflicto armado, de un desastre natural, de la grave condición de violencia que vivimos en este país ahora no es viable decir que nos vamos a otro lado porque todo está igual o peor, al menos lo que se reporta en las noticias. Los desacuerdos en todos los sentidos que rodean al surgimiento, transmisión, tratamientos, vacunas, recuperación, secuelas etc., de la pandemia, incrementan todavía más la sensación de incertidumbre y una constante preocupación por lo que puede pasar en el futuro cercano. Ahora nos saludamos y decimos con frecuencia que seguimos con vida.

Esta incertidumbre y preocupación se extiende a familiares cercanos, más de la mitad de mi familia pasa la tercera edad y todos tienen altas probabilidades de complicarse, tienen varios factores de comorbilidad, ahora mismo entre una hermana y yo nos hacemos cargo del cuidado de mi madre de 87 años con distintos problemas de salud. Ella requiere oxígeno entre otras cosas y es necesario ir a buscarlo cada mes a su clínica de salud, espero que no llegue el momento en que me digan que ya no hay o que no pueden dármele.

Regresando al asunto de la pandemia y la muerte, se dicen muchas cosas como que mueres ahogado en tu sangre por una perforación de personal inexperto, que te ahogas porque te falta el oxígeno y ya no puedes respirar, que los ventiladores causan mucho dolor y por eso es necesaria la anestesia, etc. Independientemente del origen de la enfermedad y de las opiniones encontradas entre la teoría de la conspiración y la naturaleza del virus creo que muy difícilmente todas y todos vamos a conseguir no contagiarnos, pues la pelea es con alguien a quien no vemos, el enemigo es invisible a nuestros ojos, por tanto, hago lo que muchos médicos recomiendan: fortalecerme para aguantar de la mejor manera el ingreso y permanencia del virus en mi cuerpo.

Desde hace algún tiempo he dicho que no tengo miedo a morir, pero también pienso que “quizá no la he sentido cerca” dentro de mis achaques de “cincuentona” podría decir que tengo buena salud. Creo que mucha gente ni cuenta se da de que va a morir, pero sí me da miedo el dolor y la invalidez. Últimamente he leído varias cosas sobre formas de evitar un rápido deterioro, por ejemplo, cómo evitar la demencia senil y favorecer el crecimiento de redes neuronales, la sarcopenia y cómo hacer para cambiar un poco la composición corporal, la osteoporosis y las caídas en gente mayor que suelen acompañarse de huesos rotos, y por supuesto la diabetes ya que en mi familia nuclear el cincuenta por ciento la padece. Bien, intento tomar todas estas precauciones, la alimentación en primer lugar, el ejercicio, el sueño entre tantas otras, pero con la certeza de que por mucho que haga llegará el momento en que mi organismo empiece a fallar (hablando de muerte natural) y, algo en lo que he pensado mucho es que no quisiera bajo ninguna circunstancia llegar a depender de alguien. Yo misma he atendido a 4 familiares muy cercanos, entre ellos mi padre, hasta sus últimos días. La forma en la que él terminó al igual que las otras personas es algo que me ha marcado bastante y por lo que no querría pasar.

Esperar a que me den de comer en la boca, que me bañen, que me cambien, no imagino la impotencia que se siente, sobre todo cuando te das cuenta que tu cuidadora/or está fastidiado de hacerlo o simplemente cansado, que veas como deja de hacer lo que le gusta y quiere por atenderte, efectivamente, hablo de familiares, en este país la clase media a la que pertenezco (y por cierto, no sé por cuanto tiempo) no piensa en un asilo esa responsabilidad que en otros países la asume el estado como parte del bienestar social, aquí la asumimos las mujeres... más bien, nos la asumieron. Me genera mucha tristeza pensar que puedo llegar a ser una carga y, desafortunadamente lo he visto prácticamente en todos los casos que he tenido cerca, incluidas varias amistades a quienes yo ayudé a cuidar a sus madres enfermas, escuché y aun ahora escucho el hartazgo, en mi caso personal no puedo hablar de lo mismo pero sí de cansancio y preocupación constante, sobre todo porque no soy enfermera y porque hay muchas cosas que no sé y no puedo hacer, aunque sí aprendí a hacer vendajes, poner inyecciones intramusculares, dar alimento por sonda nasogástrica, poner medicamento en cámaras de oxígeno portátiles, cambiar camas sin levantar al enfermo, hacer curaciones a pie diabético -recuerdo que aguantaba las ganas de llorar porque tenía que quitar tejido muerto y jamás le había cortado una pata a un pollo-bueno, pues salvamos el pie.

Todo esto no sucedió en el 2020 pero sí que quedó muy en evidencia la estructura frágil del sistema de salud, mucho más frágil de un Estado de bienestar y de que, aunque parezca pesimista o hacemos redes de apoyo entre los y las ciudadanas comunes, vecinas, amigas o esto va a ser todavía más difícil. Por eso me llamó la atención cuando escuché que se había aprobado la eutanasia en España y, aunque sé que mucha gente no está de acuerdo con ella espero poder tener esa opción en mi país en caso de llegar a necesitarla.

In Memoriam



Virginia Guadalupe

Reyes de la Cruz

A la luz del fallecimiento de mi madre y los tiempos de pandemia causados por Covid-19 reflexiono cómo vivimos este momento mediado por la tecnología y la fe; es un homenaje a la mujer que me educó con mucho amor, que construyó mi ser y que me enseñó a luchar por lo que creo. Esta es su historia, nuestra historia. A su memoria.

Ella nace en el siglo XX a principios de los 30's en una familia nuclear tradicional, rural, acaudalada, religiosa, por lo que tendrá que enfrentar retos importantes. Su nombre Ada Luz, Lushita como todos la conocían. La fecha exacta de su nacimiento no se pudo registrar, pero la abuela señalaba que nació en la época de fiesta del Señor San Carlos, celebrada el primero de septiembre. Fue registrada el 20 de octubre de 1932 por su padre, porque el abuelo fue solo al registro civil y no recordó la fecha exacta, lo cual nos permitió celebrarle dignamente sus cumpleaños cuando se suspendía el día por motivos del informe presidencial. Primero veíamos o escuchábamos el informe del presidente de la república; mi madre fue una mujer con sentido patriota y civil como no he visto a ninguna otra, le gustaba enseñarnos los símbolos patrios y comprometernos por nuestro país, nos inculcó el arte por medio de las danzas tradicionales en la feria de Macuspana en mayo; no se perdía "la Cultural", eventos de bailes folklóricos, declamaciones, y otros eventos que presentaban las diversas comunidades del municipio de Macuspana y de sus escuelas. Esto era durante los días de la fiesta del pueblo; nos llevaba al grito los 15 de septiembre y nos gustaba como niños ver la pirotecnia –creo que eso hasta la fecha me sigue gustando—y ver el desfile; de hecho, a mi pequeño hijo lo llevé a la ciudad de México para que lo viéramos juntos, pues hay cosas que estoy haciendo por primera vez con mi hijo y mi esposo, como este acto cívico. Porque no es lo mismo verlo en tu ciudad natal o en la capital del estado como en la capital del país.

Quiero señalar que en la década del nacimiento de mi madre, sucedieron muchos eventos importantes y de lucha por la igualdad: Gandhi fue apresado, Roosevelt llegó al poder, en México se presentaron varios temas ese año, desde el primer terremoto de magnitud 8.2 grados y, por si fuera poco también lo político estaba para temblar, el Maximato se encontraba en su máxima expresión, ese año llegó a la presidencia de la república don Abelardo Rodríguez y en el siguiente año Lázaro Cárdenas se postularía para candidato de la República, ¿ya sabes quién ganó a estas alturas verdad? Pero bueno, sigamos en cómo fue la vida de mi madre. Fue la tercera hija de 10, así que como hija asumió los cuidados de los demás hermanos, por eso muchos de mis tíos la veían como una madre, eso era maravilloso porque luego nos llegaban a visitar seguido y hacíamos fiesta casi cada 15 días; para mí, como niña era fabuloso, pues disfrutábamos a los primos, además que ella fue siempre cariñosa y todos se concentraban en casa, para jugar, platicar y hasta las buenas bohemias que armábamos cuando hacía mucho calor. Mi hermano Manuel tocaba la guitarra y mi hermana Mago y yo cantábamos. Disfruté mucho esos tiempos en que todos vivíamos en Macuspana, Tabasco.

Un día nos comentó que mis abuelos la querían casar con un joven rico de la ciudad, “era feo” decía; sin embargo, había otro, muy guapo y con buena reputación, pero era pobre, éste fue mi padre. Nos contaba que antes los bailes eran con violín y guitarra y que mi papi se relacionaba muy bien con su abuelita materna y era en casa de la abuela que se hacían los bailes que él organizaba. Pero mi abuela materna no quería que fueran, justo el día del baile les ponía a majar arroz y lavar café, y para ese día ya habían tostado y molido café y polvillo (maíz tostado con canela y cacao) y guardado, pues ella con otra tía más pequeña se apuraban a realizar las faenas del día para ir al baile, valía la pena, verían a los galanes y allí llegaba mi padre con su caballo bien arreglado y bien vestido con sombrero, espuelas y pistola al cinto. Así pasó el tiempo y se casaron un 24 de septiembre de 1954. Cabe hacer mención, que con la fiesta de su boda se inauguró la casa de los padres de mamá en la ciudad de Macuspana, donde vivieron el resto de sus días. Siempre le gustó la fiesta y cuando yo estaba en tiempos ya de ir a los bailes, tuve la oportunidad de que conociera grupos como Rully Rendo, los Joao, Los pasteles verdes y ¡por supuesto, el hombre del sureste, Chico Che!, fue fantástico, yo sólo la invitaba y ella pagaba. También la llevé a la discoteca y fue maravilloso compartir con ella esos momentos. Vio como todo cambia en el tiempo y el espacio y las formas de diversión se fueron modificando. Muchas fiestas se hacían en casa cuando yo era joven, y eran momentos de integración, mis amigos allí encontraban libertad y decían “¡qué padres padres son tus papás!” Ahora entiendo que preferían que fuera en casa, así sabían con quienes convivía y cómo. Eso me ha impresionado, fueron unos maestros en el arte de enseñarnos. Ahora como madre lo valoro.

Recién casada como toda nueva familia pues empezaron a llegar los hijos, mi madre tuvo dos niñas, mismas que se murieron: una de tres años y una de 9 meses y ese fue su primer golpe terrible en la vida, casi se separó de mi padre le dolió mucho. Pero mi abuela le insistió que debía regresar con su esposo y así lo hizo. Después vino mi hermana Concepción que ahora consideramos la mayor y ya todo empezó a fluir en su vida; al ser católica, mi madre hizo una promesa al Señor de Tila en Chiapas para que nos cuidara a todos y a mi hermana la llevó a caballo junto con mi padre a los seis meses de vida hasta ese lugar (dos días de camino). Por eso a mí me llevó en carro cuando tenía 18 años o más. Pero todos, los 5 hijos (3 mujeres y 2 hombres) fuimos a Tila y allí vimos sucesos que algunos consideraron milagrosos, por ejemplo, que le explotaran a papá entre sus piernas dos docenas de cuetes y que no le pasara nada en medio de un estacionamiento. Mamá nos amó hasta el último día que Dios le dio vida, con todo su corazón y creo que no nos quería dejar, por eso hizo cama tantas veces. Cuando llegábamos, revivía. Recuerdo una crisis que tuvo y se internó como 20 días, estaba cercana la fiesta de bodas de su primer nieto, todos orábamos y nos preguntábamos “cómo estará”, pues los médicos la veían grave, se le cantó mucho los cantos del señor de Tila que le gustaban tanto y mis tías (sus hermanas y su cuñada), estaban allí con ella; construyó sus relaciones muy fuertemente, todas como hermanas de sangre, familia y de fe; tenía muchas amistades y ayudaba mucho a la gente, contaba que le regalaba comida a una familia cuando todavía no tenían muchos bienes,

luego que esa familia se encontró un tesoro y hasta pusieron una capilla de la virgen de Guadalupe, pues era la promesa. En esos momentos delicados de salud, nos recomendaron un geriatra que le recetó un suero que la levantó, nos fuimos a la boda a Veracruz, allí se quedó unos días más para que paseáramos, no lo podían creer, pero ella y sus ganas de vivir y de seguir con nosotros la hacían que se levantara.

Mi padre como provenía de una familia pobre, sufrió fuertes críticas por parte de mis tíos y él siempre dijo que no quería nada de mi abuelo, que tendría que salir adelante por sus propios medios y así lo hizo. Nos enseñó la dignidad de la persona con un ejemplo que me sigue tocando en estos días. En los sesentas, se llevaba ganado en tren a la ciudad de México; Tabasco era un gran productor de ganado y de allí provenía la carne que se distribuía mayoritariamente en el país; su patrimonio lo fue haciendo con los créditos de Banrural en sociedad, con otros ejidatarios. Cuenta mi padre que, en esos viajes, aprendió mucho a cómo cuidar las vacas y en las capacitaciones de los técnicos; ¡por cierto!, mi madre era la que preparaba la comida para todo el personal en esas capacitaciones. Mi padre fue veterinario sin pasar por una licenciatura, fue en la vida un profesional, hasta yo aprendí, también aplicaba conocimiento tradicional en el manejo del hato. Todavía, hace unos días le dije a mi hermano que quería que les inyectara unas medicinas y vitaminas a mis vacas porque acababan de criar y se empezó a reír y me dijo: “¿te acuerdas?”, y le digo “¡claro!, no sé si exista ese medicamento todavía”, y me dijo “sí”. Pues bueno, mi padre aprendió el manejo del ganado porque se asesoraban con veterinarios para los viajes y así trabajaban allá. Cuenta que una vez en México ya habían entregado el ganado en el frigorífico y se fueron a la Villa y allí oró a la virgen de Guadalupe y le dio todo lo que traía, nos decía puso a sus pies unas monedas y se dejó otras y le pidió le ayudara a salir adelante con su familia y bueno ahora sí sintió que la virgen lo escuchó. Él siempre dijo que Jesús era su cuate y le decía Chuchito. Lo cierto es que su vida cambió mucho, pues también en ese tiempo desde la década de los sesentas participaba en créditos a la palabra y él se hizo de un ganado y pagó con créditos y se siguió multiplicando, luego tuvo bienes y nuestra historia cambió, a mí me tocó la mejor parte, soy la más chica de las mujeres. Así que no sufrí los inicios como tal, hasta disfruté de la nueva casa, aun así, mi madre siempre trabajando pesado y cada que trabajaban en el rancho a veces una res se lastimaba y decía mi padre mejor matarla, y había días que mi madre dormía sólo dos o tres horas porque tenía que salar carne para que no se echara a perder, cuando yo estaba grandecita le ayudaba.

Siempre me decía “la vida de la mujer es difícil”, antes se las robaban los hombres y mi papá una vez la invitó a irse con él y ella le dijo “no, si me quieres cástate conmigo bien y sino ahí la dejamos”. Ella pensaba siempre en los compromisos que trae formar una familia y lo responsable que debe uno ser, primero en cómo escoger a la pareja y luego pasar todos los retos que como pareja te toque enfrentar, como ella, sus dos primeras niñas que murieron: la más chica de fiebre escarlatina y luego la de tres años que dicen que murió de tristeza, pues todos los días decía que veía a su hermanita.

Su decisión de casarse implicó pasar pobreza, eso fue otro cambio radical, tuvo que dejar su buena casa para irse a vivir a una más sencilla; luego, los trabajos como ama de casa, que hasta la fecha no son valorados y que ayudan mucho a la construcción de bienes comunes para la familia y muchas veces se dice que el hombre es el jefe de familia porque aporta, claro que vale, pero es un trabajo conjunto. Eso mis padres lo tenían muy claro, de hecho, cuando llovía seguido, mi padre se convertía en nuestro chef para que mamá descansara un poco. Recuerdo que ella siempre hacía su siesta, como buena tabasqueña y eso le daba energía también para trabajar hasta las 9 ó 10 de la noche diario. Por el bien de sus cinco hijas e hijos vivos, pues todavía entre el tercero y cuarto se murió un tercer hijo. Dicen que nació y habló el niño y traía dientes, decían que tenía muchas virtudes por eso no sobrevivió.

A ella le costaba mucho trabajo aceptar que la mujer saliera de su casa, aunque fuera a realizar estudios, pues consideraba que además de sufrir más, se expondrían fuera de su hogar, por eso lloró mucho la partida de mi hermana mayor cuando se fue de la casa a estudiar fuera de Tabasco; el medio de comunicación era por cartas, pues papá consideraba que el teléfono no era necesario tenerlo en casa. El haber vivido esta experiencia le permitió tener más tranquilidad y confianza en que la mujer sí debe prepararse para trabajar fuera de casa; por eso la partida de mi hermana Margarita también a Veracruz fue más tranquila.

Mi salida de casa fue algo excepcional, mi madre y yo éramos amigas, desde la secundaria me empezó acompañar como amiga, pues yo sentía que ella me daría los mejores consejos y le platicaba mis cosas, claro cuando empezaba con el rol de madre le decía “¡ya no!, ya me hablas como mamá y así no es nuestro pacto”, compartíamos muchas actividades y la que más tengo gravada en mi mente y corazón era ir los primeros días de diciembre a cantar las mañanitas a la virgen, nos levantábamos a las 5 de la mañana para tomar un café y con la humedad se sentía más frío, aquí te cala hasta los huesos, por más que te tapes y tapes, por la humedad; camino a la iglesia me gustaba ver las estrellas en la madrugada. También hacíamos compras, visitábamos familiares, enfermos y amistades y por supuesto íbamos a misa, también a los rosarios que se acostumbraron mucho en la comunidad, era espacios para encontrarnos con sus amigas y las mías, platicábamos de muchos temas y de mis cosas, por eso cuando ya tenía que ir a la universidad me dijo “quiero que estudies igual que tus hermanas, pero no quiero sufrir la distancia contigo”, según yo estudiaría en Puebla la licenciatura de comunicación y los fines de semana viajaría a Xalapa a encontrarme con mi hermana Mago, así me decía mi papá; al final como viví su sufrimiento por mis hermanas platiqué con mi hermano Manuel, pues no sabía ya qué estudiar y esa licenciatura no existía en la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, ya mi hermana Conchy había regresado de realizar sus estudios y vivía en Villahermosa, así que me entrevisté con varios compañeros y amigos de ellos y visitamos la universidad para ver por cuál carrera me inclinaba; al final decidí estudiar la licenciatura en

Ciencias de la Educación, fui por mi ficha y recuerdo que me pedían una segunda opción y yo les dije “no acepto opción, sólo vengo por esta”, la secretaria me insistió y le dije, “¡ésta es mi opción, no otra, por favor!” y me dijo entonces “te pongo que no aceptas opción” y le dije “así es”, todavía guardo en mi baúl de los recuerdos esa ficha. Me fui y le conté a mamá, le dije que estudiaría como loca para pasar y oráramos. Me encerré a estudiar, era la chica más pachanguera de Macuspana, pero cuando se trataba de algo serio como ir a la universidad había que decir no a todos los eventos festivos y cuando llamaban por teléfono a casa, no estaba, era la respuesta, así estuve casi 25 días, pasado el examen ya comprenderán, ¡al desquite! y bueno, me quedé en Villahermosa y me tocó una etapa hermosa. En Villahermosa se vivía el boom petrolero, tenía de Gobernador a Enrique González Pedrero y había muchas actividades culturales. Como ya traía la escuela de mamá, me iba a todos los eventos que se realizaban, tenía amigas que trabajaban en la Secretaría de Cultura y teníamos siempre boletos en la primera o segunda fila en el teatro Esperanza Iris, fue una experiencia maravillosa. Tuvimos la oportunidad de presenciar la obra de los indígenas “Bodas de Sangre” en un teatro al natural. Por cierto, cuando terminó ese periodo del gobernador todo quedó tirado y los indígenas que estaban acostumbrados a viajar por el mundo como actores, tuvieron que regresar a sus ranchos y comunidades. Son de las cosas terribles que hace la política cultural, ¡espero no nos pase ahora! También íbamos a la feria en Villahermosa, una feria que para mí era de las mejores en México, por todas las actividades que tenía, fui hasta la grabación del programa Siempre en Domingo en Tabasco, un programa a nivel nacional e internacional y conocí a muchos actores nacionales porque siempre estaba en la premier. Al vivir en Villahermosa para estudiar mi carrera, todos los viernes por lo regular salía corriendo para encontrarme con ella y platicar, los domingos me regresaba; cuando le llamaba por teléfono me contestaba y me decía “¡qué onda!” y yo le comentaba lo que sucedía, nuestro vocabulario también cambió, aprendió mi lenguaje, aprendió a fumar porque mi hermana Mago dejaba las cajetillas de cigarro por todos lados. Un día en una reunión en Macuspana dijo, “pásenme uno” y yo dije “¡se va asfixiar!”, y me dijo “tranquila”, fumó como una diva y bueno, luego le pregunté cómo aprendió y me dijo “practicando y viendo la tele”, mi hermana Mago dejó de fumar porque le dijeron que se pondría fea, esa fue obra de una querida amiga.

Cuando llegué a Oaxaca en 1994 buscaba algo igual y no lo encontré; sin embargo, le agradezco a mi madre todo lo que hizo por mí y por enseñarme a que de Tabasco también podía yo tener mi formación de alto nivel y con proyección. Yo siento que estudiar esa licenciatura era lo que me ayudaría en la vida, gracias a ella, llegué a Oaxaca sin problemas para conseguir empleo y me abrió las puertas y me permite hacer mucho por mi segunda alma mater, la UABJO. Por cierto, yo me fui de Tabasco y los demás hermanos se quedaron. Hasta hace unos años que mi hermano Manuel migró a Puebla con toda su familia

Lushita fue una mujer de mucho trabajo y descansó cuando ya estábamos más grandes y le apoyábamos, los trabajos disminuyeron y aumentaron las preocupaciones, pues fuimos muy inquietos y ella buscaba la manera de mantenernos en orden. Ya grandes nosotros los hijos salíamos a trabajar y de nuestros salarios los llevábamos de vacaciones y a eventos que disfrutaban, como a papá al béisbol y a mamá a los bailes, cafés, restaurantes, etc.

Papá partió trece años antes que ella y eso hizo que se volcara más hacia nosotros, conmigo pasaba tres a cuatro meses al año. Últimamente empezó a enfermar de manera más constante, por lo que yo viajaba más para estar con ella; hablamos semanalmente una o dos veces, aprendió a manejar la tecnología, hacíamos video llamadas, eso nos ayudaba a estar más comunicadas. En diciembre del 2019 me fui todo el mes para estar con ella, afortunadamente ya habíamos terminado el modelo educativo de la UABJO y hasta había sido aprobado por el H. Consejo Universitario, así que me autorizaron tomarme ese tiempo y regresé hasta la primera semana de enero, allá estaba con ella cuando me avisaron que ya tenía el SNI II, a mí no me importaba eso, yo quería estar con ella y que mejorara, lamentablemente fueron varios infartos cerebrales los que le vinieron y perdió motricidad, en febrero regresé con ella pues había huelga. Fueron los últimos días que la pude abrazar y darle los besos que yo quería, me decían que no debía, pero yo siempre me dije, de amor nadie se muere y la besé hasta que me cansé.

Después vino la pandemia y, por el cargo que tengo en la universidad me concentré en hacer mi trabajo, por supuesto no perdiendo la comunicación y hablando con ella, le decía siempre lo que hacía y ella estaba orgullosa, era muy sensible a los sufrimientos de los demás y ha poder apoyar en lo que se debía.

En junio un sobrino, hijo de una prima, se había contagiado y llevó el virus a su casa. Lamentablemente mi sobrino murió y mi prima también fue contagiada junto con su otro hijo, al final ella falleció y su hijo se internó en hospital que no fuera de PEMEX, pues recordarán que allí habían alterado ya antes medicamentos para pacientes de hemodiálisis y se decía que si lo internaban allí también moriría, así que mejor se llevó al Juan Graham el hospital COVID por excelencia de Villahermosa. Ese sobrino se salvó; así que andábamos muy atentos con los cuidados y la sana distancia.

A principios de julio, por lo de la pandemia se debía hacer una revisión médica a mi madre y lo hicimos con el protocolo de seguridad, según la doctora que la llevaba estaba bien y le quitó muchos medicamentos y el oxigenador, el cual nunca le debió haber quitado, pues a raíz de eso le vinieron otros eventos cerebrales. La pandemia estaba en su fase crítica, al principio no quise ir porque los casos empezaron a aumentar en Oaxaca y Tabasco y no tenía caso exponerla; en ese momento cerraron todo en Cancún y Mérida y regresaron a toda la gente que no tenía su credencial con domicilio de esos estados,

en Tabasco no fue la excepción; hasta los vuelos se prohibieron. Ya no fui a verla, todo fue por teléfono y video llamadas, así pasamos los días, todo se iba intensificando y su salud agudizándose. Los médicos me prohibieron viajar para no exponerla ni exponer a mi familia. Me mantenía en pie la fe que tengo, que ella me había enseñado y el poder verla a través de una pantalla. Al final no fui y mi madre falleció un 29 de julio a las 16:50 aproximadamente. Viví su velación y sepelio por videollamada. La acompañé hasta su última morada a través de la tecnología, la despedimos con música que le gustaba y se transmitió a toda la familia, por lo que hijos, hijas, yernos, cuñadas, sobrinas, nietos y parientes así la despedimos, le aplaudimos. Así nos despedimos.

En mi familia no han parado las tragedias causadas por COVID-19. A los 15 días que murió mi madre, una tía que era médico fue a visitar a su hija a Querétaro porque nacieron sus nietos gemelos. Al regresar de su viaje se contagió y hace un mes que ya no está entre nosotros. Esta pandemia nos ha alejado de los seres que amamos, pero por ahora, a pesar de mis pérdidas, siento que estoy bien. Ella, dijera mi padre, está mejor que yo.

Recuerdo cuando nació una de sus nietas, mi madre dijo, “¡Ay Dios es niña, va a sufrir!”, pues la mujer tiene que vencer muchas desigualdades. Ella lo vivió hasta en la forma en cómo repartieron la herencia de sus padres, pues a los hombres les correspondió el 70 % y a las mujeres el 30 %, eso avalado por su hermano el abogado, lo cual suscitó una discusión al interior de la familia. ¡Lo que pasa hasta en las mejores familias! Por eso, para salir adelante, como ella lo hizo, hoy tenemos que enseñar otras narrativas, sí, vivamos como mujeres libres, pero con el compromiso de cuidar lo que hacemos y cómo lo hacemos y sólo así en esa libertad podremos no ser esclavas de nosotras mismas y de los demás, pues se es esclava cuando te sometes a otras voluntades y pierdes tu esencia de libertad. Así me enseñó mi madre y ese es su legado, luchar por lo que uno quiere en la vida.

Metarrelatos que nos imponen y que no nos dan la satisfacción de sentir que somos personas valiosas. Mi madre murió feliz, pues mi padre una noche antes de morir le dijo que siempre fue el amor de su vida y que lo perdonara de lo mal portado; ella creo su propia historia y la vivió como ella la decidió, con responsabilidad, convicción y decisión. Ser mujer y como ella decía una pobre campesina, sin haber terminado la primaria es echarse al hombro también a la familia, por eso al final ella disfrutó mucho, la vida le compensó los tiempos de sufrimiento, de trabajo y por eso se aferraba a nosotros, que éramos lo más valioso para ella. Al final su cuerpo no resistió, pues siempre nos decían los médicos que ya estaba desgastado, pero siempre se recuperaba. Ahora con la pandemia no pudimos apoyarla con nuestro cariño y estar todos cerca, pero sé que nos volveremos a encontrar y eso será para siempre y le contaré cómo terminó mi historia y lo mucho que me hizo salir adelante su ejemplo de vida y entrega. ¡Gracias infinitas por ser mi mamá!

Apuntes sobre el año que se fue



Claudia Fregoso Anaya

Parece una situación común en mucha gente que conozco, amigos, familiares, compañeros de trabajo, que el año que acaba de terminar fue como una barredora que nos ha dejado perplejos ante nuevos escenarios de la realidad. Nos ha sido muy complejo adaptarnos a estos cambios donde se requiere de disciplina y un autocontrol bastante coherente para poder superar o por lo menos lograr ver la luz en el horizonte lleno de incertidumbre.

Durante ese año, que comienza a sacudirnos en marzo, la vida cotidiana se volcó al encierro, al resguardo de la salud ante la amenaza, aún desconocida, de un virus potencialmente mortal. Pareciere como si una película estilo Hollywood nos hubiera jugado una mala broma, pero no, no fue así.

Cachetada con mano de hierro, marzo marcó para mí varios aspectos de la vida, algunos buenos, algunos lamentables, como supongo la de todos, pero debo relatar lo que a mi concierne.

El encierro llenó de miedo a los adultos mayores, los volvió vulnerables y propensos a decaer por el virus, por el encierro, por el abandono y la soledad, por el temor...mi madre, una mujer de 70 años, decidió encerrarse en su casa desde marzo, no ha salido mas que en dos ocasiones al doctor, hablo con ella todos los días, algunos días hasta dos veces, tratamos de hablar de cosas que nos hagan olvidar la situación, pero escucho en su voz la fragilidad de alguien que pierde la esperanza, me duele no poder abrazarla.

Todos los días, desde que la pandemia inició, hemos ido sabiendo poco a poco de personas que murieron, primero, a lo lejos, casos que parecían aislados, después, como ahora, son personas muy cercanas a nosotros, en mi caso, mi abuela, una mujer de 92 años que estaba llena de vitalidad y alegría de vivir, mi ejemplo y referente. Nunca pensamos que ella terminaría justo como nunca quiso morir, llena de tubos dentro de un hospital, sin poder despedirse, sin poder recibir la compañía de su familia, aislada en un cuarto solitario y frío. No me consta y nunca podré saberlo, sin embargo, quiero pensar que en su interior siempre tuvo la fortaleza y valentía para irse así.

No queda más remedio que continuar y tratar de ser mejores personas. No todo fue malo; he podido disfrutar de mis hijos, ayudarlos en sus actividades escolares, continuar con trabajo desde casa, hablar más con las personas que quiero, salir a caminar a la playa con las debidas precauciones, ver el atardecer y el horizonte, tener "tiempo" y momentos que antes no podíamos tener. Podrá sonar bastante simple esto que escribo, pero ahora, después de haber pasado por una crisis de salud, valoro y aprecio enormemente.

Seguimos inciertos, 2021...

*La rueda de la fortuna.
Algunas reflexiones
En tiempos de pandemia.*



*Silvia Jurado Celis.
Tlaxiaco De Cabrera, Oaxaca, México.*

Toda la dinámica alrededor del COVID-19 ha sido una maraña de emociones, pasos de avance y retroceso, estadios, todo un laberinto o más bien, una “rueda de la fortuna”.

Como una mujer adulta de 41 años dedicada a la consultoría independiente y la docencia, parecía en un inicio muy sencillo poder adaptarme a esta nueva condición; sin embargo, si hay algo que ha sido el sello propio de esta pandemia es sin duda la incertidumbre.

Por allá de los meses de febrero y marzo, recuerdo que teníamos la incertidumbre de su llegada a nuestro país, pensábamos en casa que se quedaría lejos de México o que por lo menos no podría llegar con tanta fuerza, pensábamos en la catástrofe económica que podría provocar.

Vivo en un pueblo del sur de México, en el estado de Oaxaca, en donde la vida transcurre en un ir y venir cotidiano marcado por las actividades del campo y las decisiones de la asamblea comunitaria, es un municipio donde aún se habla el zapoteco, y donde las mujeres son sabias guardianas de diversos secretos culinarios, a las que solo nos permiten acercarnos durante los eventos especiales.

Aquí tenemos a lo largo del año un total de veintidós mayordomías o fiestas del pueblo, es decir, más fiestas que meses en el año, pero a todo nos acostumbramos.

Así que, no podíamos imaginar cómo un virus que no nos permitía estar cerca unos de otros podría poner freno a toda la dinámica pública y privada. Y finalmente llegó, se supo del primer caso y no tardó en aparecer el primer caso en el estado de Oaxaca, un migrante de la región de los Valles Centrales, a 1.5 horas de donde vivo...

Hubo sentimientos encontrados, por una parte, una urgencia de alejarse, la enfermedad ya estaba y había que evitarla a toda costa.

A partir de abril se suspenden las clases presenciales en las escuelas primarias, mi hija (que cursa la primaria), había tenido una semana antes una infección en vías respiratorias, un resfriado común, razón por la cual ya no le permitieron ingresar a la escuela y ahora creo que no tuvo tiempo ni siquiera de decir un “hasta luego” a sus amigas más cercanas, de dar un último y reconfortante abrazo.

Por mi parte, aunque nos insistían en dar clases presenciales en la universidad, ya nos resistíamos, sabíamos que sería muy complicada una modalidad a distancia, puesto que muchos y muchas de nuestros estudiantes no tienen acceso a internet, pero la emergencia lo ameritaba.

En ese mes de abril llegaba de dar clases e inmediatamente me metía a bañar, apartaba la ropa que había llevado puesta para que nadie en casa tuviera contacto con ella.

No he mencionado hasta aquí que, además de todo esto en mi caso tengo asma, una condición que me llevaba a no querer presentar esa condición para nosotras tan conocida de la insuficiencia respiratoria, pensaba: “si alguien sabe lo que es no poder respirar soy yo, y no lo quiero”.

Así que las medidas las comenzamos a llevar al pie de la letra en la medida de lo posible, redujimos la movilidad familiar, nos hicimos de un frasco de gel antibacterial, no fuimos al super por los grandes paquetes de papel higiénico, nos negábamos a ir al super.

Y justo en ese punto caímos en la cuenta de que podíamos estar sin ningún problema haciendo nuestras compras en el pueblo casi en su totalidad. Aquí hemos encontrado diversos comercios pequeños donde podemos proveernos de lo básico que necesitamos, al grado que ahora solo vamos al super cuando necesitamos algo muy específico que no encontramos aquí en nuestro pueblo.

En el mes de abril finalmente sucedió lo que estaba en duda, se suspendieron todas las fiestas en el pueblo, debo aclarar que estas celebraciones forman parte importante de la vida comunitaria, pues participan las autoridades, los diferentes comités, se lleva a cabo un trabajo colectivo muy importante que rehace la vida comunitaria social y culturalmente, todo eso quedó para un esperado “siguiente año”.

En nuestro ámbito privado lo primero que se sintió fue la carga extra de trabajo doméstico, no solamente por el hecho de estar en casa, sino por una mayor necesidad de apoyo en las tareas escolares de mi hija, hubo momentos en los que estuvimos hasta las diez de la noche ayudándole con algún trabajo.

Ahora pienso que en ese momento ni los maestros y maestras sabían como abarcar un modelo de educación a distancia.

Y entre mil tareas escolares y domésticas llegó el verano, este verano de 2020 que se puede resumir en simplemente seguir trabajando a distancia y mi hija jugando en el patio.

Así que optamos por no encerrarnos más, tenemos afortunadamente muy cerca una zona de reserva ecológica, y la bici fue nuestra mejor aliada, si bien, era una actividad que ya hacíamos, con la pandemia cobró más fuerza, de alguna forma pudimos volver a disfrutar de una buena caminata o rodada, dependiendo de lo que quisiéramos hacer.

Ya en el verano los temores biológicos se iban estabilizando, pero los económicos no, mi compañero de vida se quedó sin empleo y la presión sobre mi persona fue en aumento.

Teniendo que hacerme cargo de la manutención familiar mi tensión se elevó de una manera extraordinaria, y con ella mis alergias...

Durante el verano es muy normal que mis alergias se incrementen, pero no al nivel que alcanzaron este 2020, noches enteras sin dormir por la congestión nasal, incluso empezamos a pensar en la posibilidad de poner en adopción a nuestra gata, pero nos resistimos y nunca lo concretamos.

Finalmente tuve que acudir a un médico para tener acceso a la opción alópata que me permitió en ese momento, volver a dormir, lo cual ya me dejaba llevar mi vida de manera un poco más tranquila o más bien, menos congestionada, por lo menos ya podía respirar normalmente.

Y lo que temíamos llegó, el nuevo ciclo escolar completamente a distancia, hicimos uso de un equipo de cómputo que ya no utilizábamos, porque el siquiera pensar en comprar uno nuevo era simplemente imposible, así que mandamos a actualizar el que teníamos y parece que funciona bien hasta el momento para las clases de mi hija.

Pero más allá de los retos en materia tecnológica, este trabajo de cuidados se ha incrementado sobre manera, mi hija extraña el contacto con sus compañeros y compañeras, pero también me deja clara la gran capacidad de adaptación que tienen los niños y niñas, han hecho un grupo de amigas dentro de la plataforma escolar y tratan de charlar a la usanza de cuando salían al recreo... es lo mejor que pueden hacer por el momento.

Cada vez es más constante la pregunta: “Mamá, ¿cuándo crees que regresemos a la escuela?”, y para eso, aún no tengo respuesta.

Por mi parte he pasado de la desesperación a la depresión, primero por la condición de desempleo de mi compañero, la responsabilidad de llevar toda la casa ha sido especialmente pesada, mis jornadas de trabajo se cuadruplicaron y he tenido momentos críticos en los que he contado con el apoyo de la red de mujeres a mi alrededor, quienes, así sea a la distancia continúan apoyándome.

La vida pública del pueblo se ha visto interrumpida, y si bien en lo económico se han reinventado, por ejemplo, muchas mujeres en especial se incorporaron a labores de venta de alimentos y los hombres han continuado en el campo, pero quienes también se han incorporado al ámbito laboral son algunas niñas, niños y adolescentes.

Con la falta de escuela en los meses de abril a junio y la falta de posibilidades de muchas familias para tener acceso a la modalidad a distancia, ya varios de nuestros vecinos y vecinas que estaban en la primaria, secundaria o bachillerato, se han incorporado al trabajo familiar dejando la escuela para después, aunque en nuestro interior sabemos que es muy probable que ese después no llegue, y para ellos y ellas, continúa esta incertidumbre.

En un pueblo campesino, la escuela muchas veces puede terminar siendo un gasto, una carga a la economía familiar que se alivia cuando las niñas, niños y adolescentes se incorporan, en la medida de sus posibilidades, al trabajo remunerado o familiar.

Nos queda claro que esta pandemia nos ha puesto a prueba, en el pueblo hemos tratado de ser resilientes y me queda claro que, si hay una estructura comunitaria sólida, estas crisis pueden sortearse, hemos tenido vecinos y vecinas con COVID-19, que afortunadamente se han podido tratar en casa, así, en la comunidad no tenemos fallecidos cercanos por este virus, aunque sí el conocimiento de varios casos positivos.

Pero allende las fronteras comunitarias, sí hemos sabido de conocidos, personajes de las colonias donde hemos vivido anteriormente como un señor que vendía periódicos y su esposa, fallecidos por COVID-19, quienes han dejado este mundo a causa del virus. Personas tan necesarias como el obispo Arturo Lona, que dejan un vacío enorme en la historia de los pueblos indígenas, y que ha dejado este mundo por causa del COVID-19. Ha sido todo un mar de emociones, como mencioné al principio, una especie de “rueda de la fortuna” emocional, con crisis, momentos álgidos, desesperación, tensiones, esperanza.

No quisiera romantizar la situación de la pandemia en nuestro pueblo, pero debo reconocer que este pequeño espacio rural en el sur de México ha resistido, la dinámica de familia extensa y la producción de autoconsumo, que nosotros mismos tenemos en casa, nos ha permitido ir sorteando con trabajos sin duda, pero al final sorteando la crisis.

Ahora las fiestas de muertos no fueron fiestas, no hubo convivencia en los panteones, solamente los altares familiares, creo que nos resistimos a la idea de que ya tenga que ser así de manera permanente.

Y aguardamos con esperanza el siguiente ciclo, imaginamos la posibilidad de reiniciar el ciclo cultural para 2021, charlamos con la sonrisa incierta, porque tenemos de manera permanente, la incertidumbre de que efectivamente, podamos retomar nuestra vida.





Iliana Barrera,

noviembre 2020.

“QUERÍA ESCRIBIR, SOBRE TODO, SOBRE LA VIDA QUE TENEMOS Y LAS VIDAS QUE HUBIÉRAMOS PODIDO ESCRIBIR SOBRE TODAS LAS FORMAS POSIBLES DE MORIR”, quise comenzar con esta frase escrita por Virginia Wolf porque no es común que me pidan escribir acerca de un cualquier tema y menos del cómo me siento...casi todo lo que escribo es para mi trabajo y créanme no tratamos esos temas.

Así que trataré de escribir sobre la vida que tengo. Tengo 46 años, vivo en Jalisco, aunque nació en el estado de México y durante muchos años viví en la gloriosa Ciudad de México. Me mudé con mi familia por cuestiones de trabajo, y entonces ahora vivo en un pueblo cercano a la zona metropolitana de Guadalajara. Pase de la gran ciudad al gran pueblo.

Mi familia vino conmigo, ahora estamos aquí Tonatiuh, Max, Baxter y yo. La verdad es que siempre estoy renegando acerca del cambio de residencia, pero siendo honesta me parece que la vida es mejor aquí donde estamos. Ahora tenemos un jardín, menos contaminación y sobre todo con más tranquilidad, aunque Jalisco vive episodios de violencia muy extremos. Mi amor por la comida se ha visto apapachado con ingredientes más frescos para cocinar, aunque la gastronomía local no me emociona. Tenemos buenas opciones para pasear y el mar está más cerca de nosotros. En fin, creo que dejaré de quejarme... al menos por un tiempo.

Somos migrantes y como tal tenemos ciertas desventajas, no todo es miel sobre hojuelas. El eterno estigma del chilango, tan odiado en estas tierras, en ocasiones vuelve el trato hacia nosotros poco amable. Muchos creen que hablo “cantadito”, así como los personajes de la película “Pepe el toro” y pues no (según yo), incluso me han dicho que todos los chilangos hablan así. Me ha resultado difícil hacer amigas y amigos aquí, tengo muy buenos compañeros de trabajo, pero cuando tratamos de ir un poco más allá para comenzar una verdadera amistad no se puede. Mi única amiga que logré hacer ya no vive aquí. Ella es de Sonora, y se regresó a radicar a Estados Unidos donde está su esposo. Así que ahora somos amigas a distancia. Lo positivo es que logré hacer una amiga, lo negativo es que ya no está más aquí. Pero seguro nos volveremos a ver algún día. Además, extraño a mis hermanos, sobrinos y a mi mamá y a los buenos amigos que deje por allá. Esta parte de mi corazón que se quedó en la ciudad de México duele, y duele más cuando quisieras estar cerca y no puedes.

Esto es un poco de mi vida, mis alegrías y tristezas. No es perfecta, pero es mía y me gusta. La he construido como he podido, tomando buenas y malas decisiones. Mi padre alguna vez dijo que yo hago lo que quiero y creo que tenía razón. No me ha ido tan mal, sigo viva y feliz.

*Repensando lo esencial de la vida:
Estragos de una pandemia*



María de Lourdes Flores López.
Noviembre 2020

No tenía idea de lo que representaría y las consecuencias que tendrían las medidas tomadas para disminuir los contagios del COVID-19. Esta idea del virus, su propagación, la letalidad y muerte que causa se veía tan lejano a nuestra realidad. A mediados del mes de marzo empezaron por cerrar las puertas de las escuelas, había un estado de confusión e incertidumbre. Recuerdo que me enteré por el chat de padres de familia. Estaba en Cuernavaca celebrando el cumpleaños de mi hija, ella estaba feliz porque no regresaríamos a Guadalajara. Me sentía molesta de estas medidas implementadas de forma abrupta, por comunicaciones por chat, luego en línea. La forma de comunicarnos empezaba a cambiar sin darnos cuenta. En el trabajo también se implementó un cierre parcial y después total del ingreso a las oficinas. Empezamos a trabajar en línea. La verdad es que esta idea de trabajar en línea la había experimentado por más de 10 años, estaba acostumbrada a esta dinámica, más bien mi venida a Guadalajara implicó adaptarme al modelo de ir a la oficina.

No me ha costado nada estar en casa, lo disfruto mucho. Me gusta organizar mis tiempos y actividades. Esta forma de trabajo me hace sentir más libre, me permite sentirme autónoma. He pasado la pandemia, casi siete meses, en Cuernavaca. Este lugar me encanta, me gusta vivir ahí, sentir el bosque, los árboles, lo intenso del cielo, lo lento que pasa el tiempo, los sonidos que emite este lugar, la convivencia con mis padres, hermanos, sobrinos y amigos. Este tiempo de encierro hasta cierto punto forzoso lo he disfrutado mucho, pienso en la gran oportunidad que tengo de estar cerca de quienes son lo más importante para mí.

En este tiempo me desintoxiqué de la ciudad, de la dinámica que hacia todos los días: levantarse temprano, disfrazarme para la oficina, socializar, trabajar en este espacio. Creo que una de las cosas que más me ha costado es esta dinámica. Me gusta trabajar en mi casa, a mi ritmo, disfruto mucho mi espacio y mi soledad, me cuesta la interacción diaria, aunque debo reconocer que también he encontrado cosas buenas en esta interacción.

Cuando pienso que me desintoxiqué de la ciudad, también creo que las ciudades se desintoxicaron de nosotros. Debo decir que era la persona designada para hacer compras, salía una vez por semana, en estas salidas se podía disfrutar y percibir la belleza de los lugares. A veces pienso que somos una plaga, de esas que destruye todo. Hacemos ruido, tiramos basura, peleamos, destruimos, acaparamos. Qué pasa si nos detenemos un rato, si dejamos que la tierra nos hable, si dejamos de ser los protagonistas. Yo me di cuenta, más bien recordé algo que ya sabía, cuáles son las cosas valiosas y lo que realmente necesitamos para vivir, para disfrutar la vida, sobre todo sabiendo cómo familia y amigos han muerto de forma intempestiva por este virus, no pudimos ni despedirnos, ni vernos. La vida es un suspiro, esa oportunidad de respirar, de ser consciente de que respiro, de que estoy vivo y que en cualquier momento puedo dejar de hacerlo.

Darme cuenta de que estoy ahora y mañana no, algo que tememos todo el tiempo, pero es la única certeza que tenemos. Este virus nos recordó lo insignificante de nuestra existencia y a la vez lo valioso de vivir intensamente cada momento como si fuera el último.

Quisiera no regresar a la vida de antes, pero veo que mucha gente añora “el antes”, personalmente no quiero regresar a antes, creo que eso no es natural. La vida misma va hacia adelante siempre. Por qué regresar a lo de antes, qué se añora, por qué se añora. Evidentemente este tiempo tiene muchos matices, cada quién habla desde su trinchera. Esa es la vida, tan simple y compleja a la vez.

Puedo decir que una gran mayoría de los estragos son positivos, los agradezco, aun aquellas situaciones no tan agradables, que me tuve que afrontar por la convivencia diaria, desde los miedos a la incertidumbre hasta enfrentar los altibajos, roces, diferencias con quienes no convivía del diario. He vivido de todo, risas, alegrías, llantos, tristezas, son cosas que vivimos a diario, pero a veces no reparamos, no nos detenemos a saborear todas estas emociones, que dan sentido a la vida.



Mamá embarazada científica en la pandemia



Anahi Jobeth Borrás Enriquez

Era un 14 de enero. Por la mañana, nos levantamos en familia (mi esposo, mi hijo y yo) para ir a trabajar, y de repente me llega una necesidad inmensa de vomitar; mi esposo extrañado me pregunta si me siento bien. No le di importancia y seguimos nuestra rutina; estando en el trabajo empiezo a contar los días y me doy cuenta que tenía un retraso de ¡2 semanas!, me pongo nerviosa... emocionada...claro ya con casi 35 años y un niño de 7 años, era tremenda la idea de tener otro bebé, pese a que yo sí deseaba otro, el nervio se asoma siempre. Al salir del trabajo y recoger a mi niño, pasamos a comprar a la farmacia una prueba de embarazo rápida. Llegamos a casa y los nervios estaban hasta el tope... realicé la prueba, pero me salí del baño por los nervios dejando la prueba dentro; ¡entra mi esposo a sacarla y saz!!!, me dice bueno estamos embarazados... Sentía mucha emoción... y empiezas a soñar... y si es niña... y si se parece a mí...

Ese mismo día, damos la noticia a la familia que radican a 1500 km de distancia; y todos muy contentos, sin embargo, volteamos a ver las noticias y se mencionaba un virus que se encontraba en China, y que se estaba propagando... y que iba llegando a todos los países. Pese a los achaques del embarazo, tuve todos los cuidados y fuimos precavidos esperando cumplir los 3 meses de embarazo y poder estar tranquilos que el embarazo iba bien. Un 13 de marzo, me solicitan dar una plática dentro del centro de investigación y accedí cordialmente; sin embargo, tocó viernes de consejo en la escuela de mi hijo, así que nos tuvimos que turnar con mi esposo; fueron por mí al fin de la jornada laboral y nos animamos a ir al cine, lugar al que tenía mucho tiempo que no íbamos; lo disfrutamos mucho. Sin embargo, al siguiente día, la televisión invade de noticias que el virus estaba en México, que se aplicarían cercos sanitarios, y que todos los niños dejarían de ir a la escuela; generaron patrones de grupos de personas vulnerables, y entre ellos, estaban mujeres embarazadas... ¡como balde de agua fría!, me encontraba realizando el posdoctorado, tenía mucha labor comprometida, toda una programación de experimentos; todo me pasó por la mente... la preocupación, la impotencia, la duda... en fin... hablé con mi jefa y sabiendo mi condición me apoyó e indicó trabajar desde casa mientras vemos qué sucede. Ni tarde ni perezosa, la institución cerró puertas tan sólo dos semanas después por indicación del gobierno federal.

Dicha disposición pese a que nos mandó a casa, no truncó nuestras actividades, que se volvieron verdaderamente absorbentes, ya que en un abrir y cerrar de ojos me volví maestra de primaria, ama de casa, científica, en donde me tocó procesar mango de mi proyecto (lavar, separar y deshidratar al sol cerca de 120 kilos de mango), ahh... ¡y embarazada!... Descubrí que de manera inesperada... sólo paraba de trabajar al preparar los alimentos; y me daba cuenta que ya era tarde, porque estaba oscuro y me dolía la espalda.

Con mi hijo, en un principio nos enviaron 20 hojas llenas de actividades para hacer por día, y vaya que eran una travesía; nos dividimos como equipo con mi esposo y lo sacamos adelante; sin darnos cuenta se hizo semana santa, la pandemia seguía, pero al final de cuentas... fines de semana... días santos... días festivos. Todo era lo mismo... continué trabajando... Pero un dato más frustrante... era planearle actividades a un niño de 7 años que no entendía por qué no podía salir a jugar con sus vecinos, porque sus amiguitos vecinos estaban jugando a las 9 de la noche en la calle sin pena... sin cubrir bocas y los padres inconscientes... En ese momento, me volví psicóloga y busqué cómo explicarle a un niño la situación; considero que nos fue bastante bien, y mi niño se acercó todo el tiempo para ayudarme porque al estar embarazada algunas actividades ya nos las podía realizar con facilidad... mi embarazo avanzó muy bien, ir al ginecólogo particular fue la opción más viable, se decía que los institutos de salud estaban plagados de enfermos con coronavirus, y no me quería arriesgar.

Ir al ginecólogo era una odisea... ir con cubrebocas, con careta que se empañaba al respirar... sólo podría entrar sola, y mostrarle a mi familia los ultrasonidos que siempre digo que sólo los ginecólogos ven... porque uno no ve del todo al 100%. Me dice "es una niña" ... "wow" fabulosamente emocionada, pero vi el ultrasonido y me quedé con cara de ¿será?... Ahhh, pero ese era en el médico particular, por mis prestaciones tenía derecho al ISSSTE, así que dimos muchas vueltas hasta lograr la cita con ginecología, obviamente llegué con todo: mis ultrasonidos, mis análisis, todo en orden; pero me comentaron bajita la mano que buscara mejor un particular para atenderme, que el ISSSTE era centro COVID, y que atenderían solo emergencias como rompimiento de fuente, contracciones fuertes y sufrimiento fetal, y lo mejor era programarme una cesárea; y eso sería lo complicado.

Pese a ello, el quinto y sexto mes, me sentí frustrada, escribía y escribía y parecía que avanzaba muy lento y que apenas lograba entregar los pendientes en fecha límite. Por momentos, la institución daba indicaciones que regresaríamos incorporándonos poco a poco. Y aparecía en una lista: era prioridad que los posdoctorantes ingresáramos a avanzar con nuestros proyectos, pero en cuanto se supo mi estado de embarazo quedé fuera por ser considerada persona vulnerable... ni siquiera me dejaron ingresar por más muestra para trabajar en casa; me tuvieron que apoyar amigos, quienes en la puerta de la institución me pasaban el material (pulpa de mango congelada) para continuar. En ese entonces mi objetivo consistía en elaborar productos tradicionales de mango, logré terminar. Cuando parpadeo me doy cuenta de tener ya ¡siete meses de embarazo... una panza enorme... 10 kilos subidos...!

Me toca ir al ginecólogo y me comenta que debía ya planear donde tener a mi bebé. Con mi primer embarazo tuve problemas debido a que llegué a la semana 40 y no presenté contracciones, en esa ocasión me fui a inducir y el ultrasonido marcó que mi bebé pesaba más de 4 kilos, dada la condición, decidieron hacerme cesárea porque ya tenía poco líquido y no querían que tuviera sufrimiento fetal. Un julio del 2013 nació mi bebé hermoso de 4 kilos y medio, ¡enorme pero muy sano! parecía un bebé de 1 mes de nacido. En fin, en la sala de recuperación tuve complicaciones al presentar dos hemorragias, debido a que mi útero se extendió tanto que no pudo regresar por sí sólo y se llenó de sangre.

Regresando con el ginecólogo me indicó que no podía ser programada en un hospital normal, si no uno de tercer nivel, que tenga cuidados neonatales y servicios extraordinarios, por si presentaba la misma condición del embarazo anterior. Eso me llenó de estrés, fuimos a varios hospitales y vaya que sí son caros de \$30,000.00 pesos para arriba. Mi primer embarazo di a luz en un hospital del ISSSTE, y quedé muy satisfecha con el servicio; entonces insistía mucho con mi esposo de checar nuevamente el ISSSTE, preguntar si nos podrían canalizar a otro hospital o cómo hacerle.

Nos armamos de valor y un 28 de julio, pedimos ayuda a una vecina para cuidar a mi niño un ratito, ya que no podría ingresar al Hospital y más por seguridad; y nos dirigimos al ISSSTE, pedimos información y nos

dirigieron con el coordinador de ginecología. Me sorprendí nuevamente, pues nos trataron muy amables y me indicaron que sí nos podrían atender y que la información que nos dieron en la clínica familiar era errónea; que si tenía una fecha de parto que sólo llegara y me apoyarían a inducir mi parto, y que no me preocupara, que el servicio se me otorgaría, claramente con todas las medidas de seguridad, ya que pese a que el área COVID era en el mismo centro de salud no habría contacto alguno con dicha área y que estuviera en calma. La realidad es que quedé más tranquila y dijimos con mi esposo, “bueno... por cualquier emergencia ya tenemos una opción”.

Al día siguiente, el 29 de julio, ya con mis 7 meses, aun no decidíamos nombre, y encuentro tres nombres interesantes y siempre se los mandaba por mensaje al celular de mi esposo, esa noche mi esposo me despertó y me dijo “Alanis suena muy bonito”, y le dije “está bien”, y como cualquier embarazada me dormí fácilmente de nuevo. Al siguiente día, trabajando en escritorio, andaba de antojo por la tarde, y pedí a domicilio un pastelito delicioso, y me lo llevaron, tocaron el timbre y como siempre me puse el cubrebocas, y lo recibí, estaba feliz por mi pastel, comimos cucharadas con mi hijo y dijimos “para la cena con lechita”. Lo guardé y caminando hacia el escritorio... 3...2...1... ¡me sale líquido del vientre! Le hablé a mi esposo y mi esposo que también estaba trabajando en casa salió corriendo, le mostré y me preguntó que si no tuve incontinencia... (vaya, que si no me había hecho pipi...) y de repente ¡zas... otro poco! Yo me puse sentimental y nuevamente preocupada. Decía “no, todavía no... le falta... debe hacerse más fuerte”. Mi esposo me ayudó a cambiarme y tomamos la maleta de la bebé y nos encaminamos al ISSSTE, era nuestra única opción, pues no tuvimos tiempo de ver en ningún otro hospital.

Ingresé y me alentaron, que todo estaría bien. Tenía 31 semanas, me indicaron que debían darme un esquema para madurarle los pulmones a la bebé, y estaría en reposo absoluto dentro del hospital; le indicaron a mi esposo la información... ¡y pobre... me tendría de lejitos! Pese a todo, descubrí que los trabajadores de salud también viven en la incertidumbre y buscan darte la misma atención para que no te sientas extraño o preocupado. Estuve en reposo 48 horas con cuidados las 24 horas, fue un excelente servicio, las enfermeras, los doctores, todos... creo que, aunque son tiempos difíciles, siempre le debes poner la mejor cara. Di a luz el primero de agosto a media noche a una hermosa bebé que se parece a mí, totalmente sana y aunque fue sietemesina es muy fuerte.



La premura dio pie a abarcar los 89 días de derecho de incapacidad por maternidad; sin embargo, a las instituciones no les interesa tu situación de vida privada para la entrega de los reportes; descubrí haciendo dicho reporte que había realizado bastante trabajo, sin embargo, aún falta mucho que hacer para culminar el año con todas las metas. He aprendido mucho en esta pandemia, la salud y la familia son primero; segundo respira que todo va a salir bien, tercero organiza y programa actividades con metas reales, y estando o no en un centro de trabajo, se pueden lograr.

Para florecer hay que
pasar por todas las
estaciones



Por Estefanía Aragón

Somos las "Flores de la tierra que crecen en condiciones difíciles, que florecen por sí mismas". S. Fitzgerald.

Desde hace poco más de un año, comencé un proceso de deconstrucción y reconstrucción en mi persona como nunca antes lo había experimentado en mi vida. Había estado sintiéndome los últimos años muy cansada, limitada, hasta cierto punto, frustrada, sometida a una forma de pensar y de actuar que, en definitiva, no había sido adoptada voluntariamente, había sido instaurada, casi programada automáticamente.

Nací y crecí en un seno familiar muy conservador. Bastante estricto y hermético por parte de mi familia materna y demasiado patriarcal por parte de mi familia paterna, misma que proviene de una cultura de finqueros de café por varias generaciones. Sí, la combinación perfecta para que ser mujer fuera en sí mismo el reto mas grande de la vida. Y para no salir del carril, por supuesto, mis padres me ingresaron a un colegio de monjas para cursar primaria y secundaria, así que estábamos añadiendo a la receta perfecta, el ingrediente estrella, el dogma de la religión católica, nada podía fallar, una muñequita de fábrica más, bien programada para seguir reproduciendo este sistema.

Pero Estefanía mostró signos de rebeldía desde el día 1. Mi padre esperaba a su primogénito varón, el primer Aragón de su estirpe, de piel blanca por obvias razones de linaje ascendente. Sin embargo, en su lugar le nació su morena, como ahora el me llama, su niña piel canela a la cual llamó Ana Lilia, misma que para no variar, rechazó ese nombre como si de su decisión se tratara. Mi mamá me cuenta que cuando me preguntaban cómo me llamaba, siempre decía "Jennifer" "Janet", cualquier otro nombre que no sonara como "Ana Lilia", creo de hecho que, ese fue el primer objetivo al cual me aferré con todas mis fuerzas de manera "consciente", hasta que a los 4 años me registraran como Estefanía, si, si, yo soy Estefanía Aragón. Y bien, como se lee en el título de este pequeño fragmento de historia de vida, "para florecer hay que pasar por todas las estaciones" comenzaré por describir brevemente cada una de las estaciones con momentos clave, que yo, en mi proceso personal atravesé para poder decir hoy por hoy que por fin mis flores han comenzado a abrir.

Empezaré por la primera, dicen que en el verano es bueno sembrar distintas variedades de flores, por la cantidad de horas luz disponible al día y por las temperaturas cálidas intercaladas con la disponibilidad de agua de lluvia. No sé mucho al respecto, soy mala para la botánica, pero en lo que a mi respecta, mi verano fue algunas veces cálido, pero también debo decir que hubo fuertes torrenciales de lluvia. Fui hija única por 8 años, hasta que nació mi hermano, y después de 8 años más nació mi hermana. Cuando era niña, en los días cálidos mi papá me compraba un vestido y se ponía a tomarme fotos sin parar posando en su jeep color marrón, o tomaba su camioneta azul e íbamos con mamá de paseo sin rumbo, comíamos en algún pueblito y regresábamos todo el camino cantando. Pero luego entonces se venían los días de lluvia y esos podían durar muchos días, incluso semanas por que a él ya no lo veía más, mis padres iban y venían en su relación y yo me quedaba con la lluvia en la cabeza de mi mamá de la cual emanaban truenos.

En una cultura en la que la mujer no dice nada, y solo se resigna a vivir “lo que le tocó” mi madre se ocupaba de mi y de sus obligaciones, no se quejaba, no trataba de salir de ahí, solo lloraba, y lloraba, no hay una mujer en el mundo que yo conozca que haya llorado más que esa mujer, había razones de sobra en realidad, pero este relato no es para descubrir la intimidad de la relación de mis padres, solo lo menciono porque, necesitaba hacer el énfasis de cuánto pesa el “resignarse” para una mujer. Recuerdo a mi abuela, su mamá, siempre decir “una vez que fuiste madre ¡se acabó Rocío!” (Rocío se llama mi mamá). Y bien yo solo era espectadora, pero cada cosa que pasaba y que yo consideraba una “injusticia” la guardaba en mi corazón. Mi otra abuelita, la mamá de mi papá siempre decía, su tu esposo se va toda la noche, y aún llegue tomado, tú debes esperarlo, debes de servirle de desayunar, sin caras, sin quejas, los hombres detestan que las mujeres se quejen.

Y así en mi verano me sembraron, me regaron y me abonaron con pensamientos e ideas como “el hombre al campo, la mujer a la cocina” “Una mujer debe saber cuándo reír, cuándo hablar y cuándo callar” “mientras papá habla, nadie habla” “tú eres la mujer, tú tienes que lavar los trastes” “una mujer no se debe vestir así”, etc., etc., etc. Poco a poco fui tomando mi fama de “rebelde”, por supuesto yo me oponía a esa asignación de roles de género, siempre pedí que, si yo hacía algo, mi hermano también debía contribuir, siempre dije lo que sentía, di mi opinión, hice notar mi descontento, y aun que me dijeran que callara, nunca me calle, siempre hable más fuerte. El otoño en mi vida empezó cuando en el hartazgo de la religión

-recordemos que mi familia, especialmente la materna, era sumamente religiosa y que yo estuve en un colegio católico- y harta de la hipocresía, de la incongruencia del discurso con las acciones, yo decidí dejar de creer en un Dios, tendría yo unos 16 años, la imagen y concepción que yo tenía de Dios, era aquella comercial, capitalista, el Jesús blanco apático de la realidad, del sufrimiento en el mundo. Esa, en mi inocencia fue una de las decisiones más equivocadas que tomé, no por el tema de la religión, sino más bien porque lo hice basada en la conducta humana que me rodeaba y no como una decisión propia en mis desencuentros con ese Dios. Por lo tanto, lejos de librarme de los estereotipos y ser verdaderamente libre del dogma, me llené de rencor con ese Dios, reclamé muchas veces su ausencia en mi vida, y mi fe se envileció, criticaba a los religiosos, los insulté muchas veces, y eso queridos amigos trae todo menos paz. Noté como mis hojas se iban cayendo y mi corazón se volvió duro.

Poco tiempo después incursioné en la religión cristiana, creí que se adaptaba muy bien a lo que yo en realidad creía respecto de Dios y mi familia poco a poco empezó a interesarse, puedo decir que un 70 % de mis familiares son ahora cristianos, pero, si, hay un pero, si ya había una forma de vida sumamente hermética, la religión solo llegó a reforzar los paradigmas culturales del sometimiento de la mujer, su forma de vestir, su conducta, su rol, y por supuesto el papel venerado del varón, desde hace 15 años mi familia se rige bajo un cristianismo ortodoxo, que en un momento de necesidad de aprobación yo también adopte. Que error más grande buscar a Dios creador, al Eterno, a la fuente de luz y de vida en un sistema eclesiástico. Ahí fue el inicio de mi invierno.

En las iglesias cristianas los feligreses se congregan en un solo lugar de manera constante, por lo que terminas conociendo a todos y haciendo relaciones. Los pastores fungen como guías espirituales quienes son al final los que cuidan del rebaño. Por supuesto yo asistía a una iglesia con mi familia, en ese lugar conocí al papá de mi hija, quien fue mi esposo por 3 años y quien nos hiciera vivir a mi hija y a mí el peor de los abusos. Quisiera mencionar que, aunque ya estaba yo muy involucrada en el sistema, siempre hubo en mí, muchos cuestionamientos del mismo, y siempre exprese mis dudas e interrogantes, por lo cual ahí también gané fácilmente la etiqueta de “rebelde”, sí, siempre he sido la oveja negra que cuestiona todo a todos lados a los que voy. Para no variar, inicié a estudiar un posgrado, el cual, por supuesto, tampoco fue bien visto por las autoridades eclesiásticas de esa congregación, era demasiada soberbia decían.

Para no alargar la historia, cuando los problemas en mi matrimonio empezaron, yo busqué consejería con los pastores, busqué apoyo, asesoría, guía espiritual, le pedía al pastor que hablara con él, pedí ayuda desesperada. Lo único que obtuve fue mucha crítica, si, era yo el problema, era yo la que no se sometía a la autoridad de mi esposo, era yo la que no lo complacía física, emocional, sexualmente. ¡Era yo la rebelde! Aun no puedo creer todas las cosas que hice y permití en el afán de sostener mi matrimonio, todo lo que mi hija y yo sufrimos por el temor a ser abandonadas por ese hombre que nos destruyó tanto y rechazadas por ese círculo social en el cual lejos de cobijarnos con amor, nos enjuiciaban a grado de decir que mi hija y yo mentíamos. Al final no pude más. Me separé de él y tomé todas las acciones legales correspondientes. Y mi verdadera lucha empezó.

Me quede “sola” con la fortaleza que mi hija y mi madre me dieron. En un inicio mi madre fue la única que me dijo “¡Hazlo!, yo te apoyo”. Si, esa mujer que “parecía” haberse resignado no iba a permitir que su hija lo hiciera, y digo “parecía” porque debo decir que ella misma también comenzó su propio proceso de deconstrucción y reconstrucción del cual ha sido mi más grande ejemplo. Ella, mi madre, me acompañaba a las dependencias correspondientes, a las audiencias, a las citas, he ahí la importancia de entender cómo puede impactar el apoyo entre congéneres. Y por supuesto, en mi caso conociendo al verdadero Dios, que lo vi manifestándose en mi vida de muchas formas, no voy a negar, que mi fe volvió a flaquear, pero también fue mi fe la que en ese proceso me mantuvo cuerda. Y comencé mi proceso. Si el otoño había tirado varias hojas, el invierno me dejó sin una. Hubo muchos miedos, ¿cómo iba a lograrlo sola? Pero, ¿En realidad estaba sola? Ahí quisiera decirte mujer, que no, de verdad, hay muchas mujeres que en hemos entendido que, en tribu, en unión, en colectividad, podemos protegernos y ayudarnos entre nosotras. Se que, no es fácil, sé que muchas veces tocaremos la puerta equivocada, pero créeme cuando te digo que de 10 puertas que tocas al menos una se va a abrir.

Justo cuando inicié este proceso, y tomé la decisión determinante de no tolerar más ningún tipo de violencia de género en mi persona, solté la carga que tenía en mis manos de ser mujer y que había sido depositada en ellas desde el día en que nací. Y cuando tu suelta esa carga que llevas en las manos, tus manos quedan ahora vacías y extendidas en la posición perfecta para recibir y recibir bendición. Empecé a conocer personas grandiosas, que han edificado mi vida de una manera muy especial, conocí grandes mujeres que están en pie de lucha, trabajando para seguir logrando

reivindicar la dignidad de la mujer, y un día entendí, me cuestioné a mí misma y dije ¿cuántas veces has alardeado de tu religión, de tu fe?, pero, ¿cuántas veces has extendido tu mano para ayudar a alguien? ¿cuántas veces has abrazado a una mujer que lo necesita? Estas mujeres no hablan, estas mujeres ¡actúan!.

Tomé un tiempo y le dije al Eterno “Dios, dame un entendimiento vivo de quién eres tú” y lo entendí, Él es amor, y en amor se manifiesta, y como mujeres debemos aprender a amarnos a nosotras mismas y a nuestras congéneres. ¿Cuántas veces hemos oído “El peor enemigo de una mujer es otra mujer”? Hoy ya no, hoy ya no vamos a comprar esa idea. Hoy debemos arrancar toda raíz de contienda entre nosotras y arrancar también todo tipo de violencia que hemos permitido hacia nuestro género, física, emocional, sexual, económica, psicológica, entre otras.

Y vamos a encontrar burla, y rechazo, porque cada vez que una mujer quiere hacer algo para romper con esta cultura se mete en situaciones de conflicto, a nadie le gusta que rompamos con el patrón de la comodidad, llevamos siglos de historia de violencia a nuestro género sobre nuestras espaldas, pero llego el momento de soltar esa carga. Y ojo ahí, si, te invito a no permitir ningún tipo de violencia en tu vida, pero también te incito a que tampoco la ejerzas, ese es el verdadero reto de la nueva ola feminista, seamos congruentes y cerremos la brecha entre nuestro discurso y nuestras acciones. Y el invitarte a no ejercer violencia va más bien en el sentido de nuestro diario vivir, en nuestra vida cotidiana, con nuestras congéneres y con el género masculino también, a mí me encanta siempre citar a una de mis escritoras feministas favoritas Rita Segato “El feminismo no puede y no debe construir a los hombres como enemigos naturales, el enemigo es el orden patriarcal, que a veces está encarnado por las propias mujeres”.

Finalizaré invitándote también a que te determines a tomar una decisión: ¡La violencia de género ha muerto en mí!, yo siempre digo ¡La violencia de género ha muerto en mí y en mi descendencia! Y es en este punto, en donde puedo percibir que el invierno pasó, que la primavera está aquí y con ella llegó el florecer.

*Desde la mirada
de mi hija*

Jaz Peña y Victoria Hidalgo



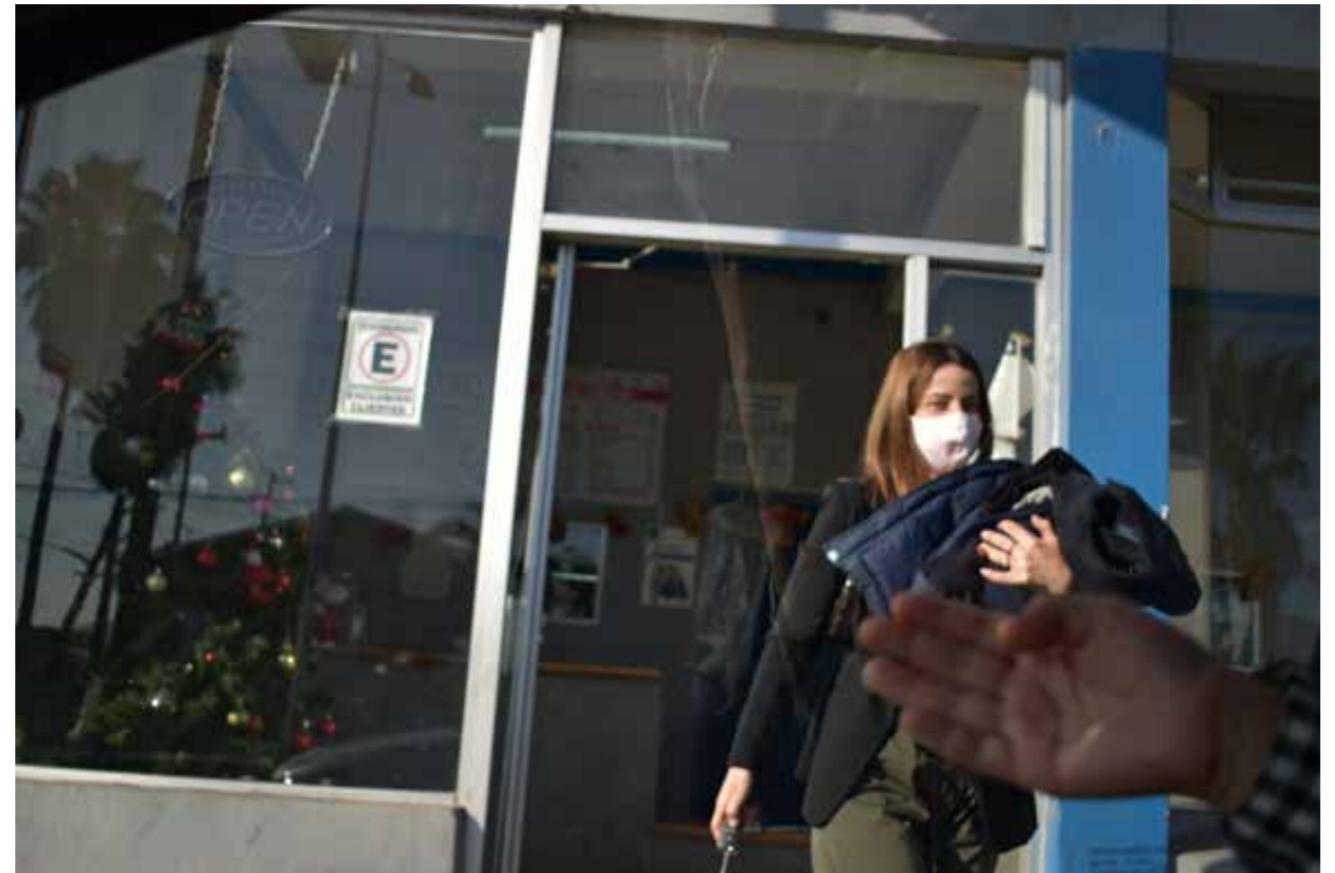












Ella es mi madre



Jaz Peña

Una mujer, que como todas las personas, guarda secretos. Éstas son imágenes que desde mi mirada intentan recatar su historia, sus memorias, su ser. Es un recuento de imágenes que me provocan aprendizajes profundos; señales y marcas ya congeladas en instantes que entablan un puente de comunicación entre ella y yo. Es una breve historia de su vida a través de mi mirada.

Para mis hijos es un regalo, para que hagan suyo un legado invaluable: cómo yo su madre veo a su abuela, mi madre. Así se viste, así vive, son sus adornos, sus cosas personales. A pesar de que su abuela dice “salgo muy fea en las fotos”, ella es mi madre. Humilde, sencilla, una mujer que me hace sentir que así es feliz. No terminaré de conocerla, ni ella de conocerme.

Esta serie la expongo con mi corazón pues es un esfuerzo legítimo de mirarla, de mirarnos.











Sigo viva



Nash

Cuando las palabras no alcanzan
Cuando los sentimientos desbordan
Cuando la vida se escurre
Cuando las pupilas se dilatan
Cuando el sueño no repara
Cuando la piel se estremece
Cuando los colores alegran
Cuando los olores llegan
Cuando la mirada es profunda
Cuando das un paso y no reculas
Cuando gritas

La memoria, mi memoria alcanza
Sobrevive la locura
Dignifica el alma
Respeto a la vida, respeto al amor
Te recuerdo, les recuerdo

Sigo viva.

Solo por hoy



Tannia Alexandra

Quiñones Muñoz

Pensando en qué compartir en estas líneas, intenté recordar alguna frase que ha sobresalido en mi pensamiento en los últimos años, la que más se presentó fue “solo por hoy”.

Solo por hoy me levanto de la cama, aunque sienta que el cuerpo se desmorona de dolor; mañana tal vez pueda quedarme descansando y recuperar fuerzas.

Solo por hoy pretenderé sentir fuerzas de seguir, de vivir, de disfrutar, la oportunidad de vida siempre debe agradecerse.

Solo por hoy me alimentaré con aquella comida que no me gusta, porque la que me gusta está prohibida para mí; tal vez mañana rompa las instrucciones médicas y pueda saborear aquel postre frío tan delicioso.

Solo por hoy sonreiré a la gente intentando ocultar las ganas de no hablar y de seguir durmiendo; aunque siempre hay días buenos que disfruto tanto, con buenas charlas y grandes compañías.

Solo por hoy veré el rostro de mi hijo que tiene tanta esperanza y amor para mí; recibiré sus abrazos que me llenan de amor y fuerza; siempre será la mayor bendición que tuve en mi vida.

Solo por hoy trabajaré en casa, por pandemia, en mi profesión que tanto me apasiona y me hace feliz; tal vez mañana ya tenga permiso de ir a laboratorio y poder realizar aquellas técnicas de análisis que después de horas y horas de trabajo, al fin, dan buenos resultados y grandes emociones.

Solo por hoy intentaré olvidar los estragos dolorosos de una niñez oscura y una juventud en soledad; aunque la vida adulta no ha sido fácil, la he disfrutado mucho más, con decisiones y acciones que me he dado el derecho de tomar y realizar.

Solo por hoy haré como que me cuido, y me cuido, pero siempre pensando en no demasiado: tal vez eso evite alargar la agonía tan temida para mis últimos días, y adelante mi partida.

Solo por hoy mandaré bendiciones a todos los que me han lastimado, que lo han seguido intentando, y a los que han parado de hacerlo; sin dudar, las bendiciones siempre brotan de mi boca, y siempre con raíces sinceras desde el corazón.

Solo por hoy, en instantes, deseo tener un cómplice en mi vida; alguien en quién confiar, con quién reír y a quién amar.

Solo por hoy, abrazo la libertad y tranquilidad que me ha costado mucha soledad y esfuerzo; todo tiene un costo, la tranquilidad emocional cuesta muchas divisas de soledad, esfuerzo, y críticas, pero lo vale.

Solo por hoy quisiera poder entrar a la mente de los tomadores de decisiones de mi país, veo con tristeza que fracturar los futuros de miles de familias, sea una constante para aquellos que dirigen los caminos de millones de individuos, familias, comunidades, que lo único que necesitan es oportunidad de vivir.

Solo por hoy, y mañana, y pasado mañana, quisiera sentirme cuidada, apoyada, querida; aunque el cariño de mi hijo me ha mantenido viva desde su llegada; tal vez, en realidad, no necesito más.

Solo por hoy, quisiera compartirles que soy feliz, soy feliz por muchas razones, entre ellas y muy importante, porque me tengo, porque tengo un hijo hermoso y valioso, porque amo mi trabajo, amo respirar y poder moverme, amo caminar y que el viento choque conmigo, amo ver lo grandioso que es mi hijo y de todo lo que puede lograr. No amo vivir, vivir es difícil. Vivir duele. Pero amo estar con vida.

Solo por hoy, les comparto estas frases que brotan de mí, sin saber que tanta realidad llevan, son frases que cruzan en mi mente, que son respuesta de preguntas que yo misma me hago, y son frases que seguramente preceden a otras, espero con más lógica y coherencia. Estas frases son, solo por hoy.



Instantes Eternos fue coordinado por Nashyeli Figueroa Galván
Paréntesis Diseño a cargo de María Fernanda Gutiérrez Orozco.
La obra digital se terminó de editar en mayo de 2021.





I N S T A N T E S



eternos

© Nashyeli Figueroa Galván (coordinadora)



U.A.B.J.O.